

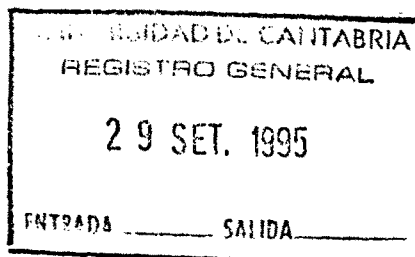
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

Facultad de Filosofía y Letras

Departamento de Historia Moderna y Contemporánea

**EL CONSERVADURISMO LIBERAL
Y LA RESTAURACION:**

UNA EXPLICACION DE LAS CAUSAS DE LA
CRISIS DEL RÉGIMEN LIBERAL EN ESPAÑA



*Memoria presentada por el
licenciado don Fidel Gómez
Ochoa para la obtención del
grado de Doctor. Realizada bajo
la dirección de los Doctores
don Juan Pablo Fusi Aizpurúa
y don Manuel Suárez Cortina.*

Santander, setiembre de 1995

Capítulo II

**EL CONSERVADURISMO:
IDEOLOGIA Y POLITICA**

Analizar el papel jugado por el partido conservador durante la Restauración y su crisis exige la realización de ciertas consideraciones sobre la naturaleza del conservadurismo político. Consideraciones necesarias teniendo en cuenta que son inhabituales en nuestra historiografía (hay cierto olvido de la teorización) y que llevan a relativizar la imagen preponderante sobre el partido conservador. Acerca de éste, y en gran medida en función del carácter que supuestamente imprime su adscripción ideológica genérica, ha arraigado una valoración que lo incluye en el espectro del tradicionalismo, del autoritarismo y de la reacción (el inmovilismo en el mejor de los casos), y lo considera difícilmente compatible con el universo liberal y con la modernidad ¹. Como ha observado Víctor Alba, en España, donde existe bastante confusión sobre lo que es el conservadurismo, se tiene una percepción del fenómeno que sostiene que la hostilidad a las reformas fue uno de sus principales rasgos distintivos. Un análisis detenido muestra, en cambio, un aspecto de dicha ideología que se suele pasar por alto: la disposición a aceptar cambios y reformas ².

¹ "El conservador se opone al liberal, al progresista", ha escrito Eduardo Haro al definir el término conservador. Véase: HARO TECGLÉN, Eduardo: *Diccionario político*, Barcelona, 1995, págs. 142-143.

² ALBA, Víctor: *Los conservadores en España. Ensayo de interpretación histórica*, Barcelona, 1981, págs. 13-14. Para Antón Mellón, Cánovas fue antes que nada un ideólogo católico opuesto al librepensamiento y se mostró como un conservador temeroso del liberalismo. Le conceptúa, en consecuencia, como "doctrinario conservador y autoritario, cuando no abiertamente reaccionario...". En: ANTÓN MELLÓN, Juan: "Cánovas del Castillo. El liberalismo autoritario" en ANTÓN, J. y CAMINAL, M. (coords.), *Pensamiento político en la España contemporánea, 1800-1950*, Barcelona, 1992, pág. 326. Este tipo de interpretación es expresión de la dialéctica izquierda-derecha, tan influyente en el análisis histórico político. Consiste en dividir el terreno en dos grandes zonas, nutrida una (la izquierda) por quienes apoyaron la continuación y el desarrollo del horizonte sociopolítico abierto por la Revolución Francesa (en una secuencia progresiva y lineal de fases históricas desde el liberalismo al socialismo) y otra (la derecha) por quienes expresaron rechazo a la tendencia anterior, siendo vistos todos ellos como la negación de la izquierda y, por tanto, como los partidarios de la "reacción". No hay lugar para las posturas intermedias. En último ex-

La percepción del conservadurismo como ideología que se define por ser lo contrario del cambio ³ ha de entenderse como producto de cierto ambiente, creado por la confluencia de varios factores, algunos de ellos comunes a todo el mundo occidental, otros específicos de la realidad española. Hay que hacer referencia en principio a la escasa popularidad, en la Europa posterior a 1945, de las palabras "conservadurismo" y "conservador". Ningún partido político, con la excepción del británico, se ha dado a sí mismo o a su programa esa denominación. El término no ha sido visto como una simple indicación de una corriente política, sino que suele ser considerado como un calificativo deshonroso. Esta valoración tiene como supuestos la atribución de un pasado poco honorable y la visión del mismo como antipatía visceral a la renovación ⁴.

Durante las décadas posteriores a la II Guerra Mundial, en el panorama científico europeo han tenido un considerable fortuna dos ideas. En primer lugar, que las diversas formas que el conservadurismo adquirió desde su aparición constituyeron, en la mayor parte de los casos, los estadios de una marcha secuencial hacia la dictadura, expresando todas ellas, en cada momento

tremo, la valoración de todo lo acogido bajo la categoría "derecha" ha estado sometida a prejuicios e ideas preconcebidas, aunándose en una sola imagen la defensa del oscurantismo religioso, la acción de unas clases acomodadas empeñadas en conservar un orden social injusto, la opresión capitalista para evitar el despertar de las clases oprimidas, la lucha constante contra el disolvente espíritu del liberalismo, la llamada a las masas a no dejarse seducir por un obrerismo tildado de demagogia... Véase: URIGÜEN, Begoña: *Orígenes y evolución de la Derecha española: el Neocatolicismo*, Madrid, 1986, págs. 13-25.

³ Es general la tendencia a considerar el término "conservador" como sinónimo de retrógrado o reaccionario, tendencia que es de poca ayuda para el análisis de la política conservadora. Véase: SARTI, Roland: "Italian fascism: radical politics and conservative goals", en BLINKHORN, Martin (ed.), *Fascists and Conservatives*, Londres, 1990, págs. 14-15.

⁴ VON DER DUNK, Hermann: "Conservatism in the Netherlands", en *Journal of Contemporary History* (monográfico *A century of conservatism*, dirigido por Robert NISBET), Vol. 13, 4 (1978), pág. 741.

de la historia, la sempiterna intransigencia de las élites tradicionales hacia la modernización democrática ⁵. En segundo, que las diferencias entre las diversas ramas del conservadurismo o de la derecha son superficiales y apenas merece la pena tenerlas en cuenta. Siguiendo estos supuestos, el conservadurismo fue habitualmente incluido dentro de la extensa familia formada la derecha, que había mostrado siempre querencias dictatoriales y una endeble fe liberal-democrática. En *The Authoritarian Personality* (1950), de Theodore Adorno, se parte de la idea de que el fascismo fue una proyección de la personalidad autoritaria, considerada como componente de la actitud conservadora; en último término, han quedado desdibujadas las distinciones entre conservadurismo, autoritarismo, fascismo y totalitarismo ⁶.

Dentro del itinerario histórico del conservadurismo, ciertas etapas han atraído la atención a la hora de dar forma a su perfil. El período de entreguerras (1918-1945) --etapa turbulenta en los que las diversas ramas del conservadurismo y de la derecha aparecieron mezcladas y se inclinaron preferentemente por soluciones autoritarias o radicales-- ha tenido una relevancia crucial en este sentido. En estos años, progresistas e izquierdistas, temerosos de la ola autoritaria que avanzaba por Europa, aplicaron el calificativo "fascista" de forma indiscriminada a casi todos los partidos de la derecha (los conservadores incluidos), creando una corriente de opinión de profundo alcance. La tendencia a la "descalificación" de todo lo nominalmente conservador (la aproximación al conservadurismo ha estado

⁵ JONES, Larry Eugene y RETALLACK, James: "German Conservatism Reconsidered: Old Problems and New Directions", en *Between Reform, Reaction and Resistance. Studies in the History of German Conservatism from 1789 to 1945*, págs. 1-31.

⁶ BLINKHORN, Martin: "Introduction. Allies, rivals, or antagonists? Fascists and conservatives in modern Europe", en BLINKHORN, Martin (ed.), *Fascists and Conservatives*, Londres, 1990, págs. 12-13.

durante mucho tiempo sometida a prejuicios: Jones y Retallack señalan, en relación con el caso alemán, que a los conservadores les han sido atribuidos en su militancia motivos "innobles, irreflexivos y materialistas") ha resultado de asunciones normativas no argumentadas e inferidas de arquetipos elaborados ⁷, o de la inclinación de muchos analistas a asumir las opiniones emitidas acerca de los políticos y partidos conservadores por parte de sus coetáneos. En el caso español, es notorio que, durante los años finales de la Restauración, el Partido Conservador gozó de escaso prestigio y no fue considerado un instrumento para el bien general de la sociedad (si bien por más motivos que los aludidos). A su vez, en tiempos de la II República, el conjunto de los conservadores fue visto como nutriente de la reacción frente a los desafíos democrático y social. Ambas imágenes históricas han impregnado profundamente la visión de historiadores y politólogos ⁸.

La "descalificación" se ha alimentado también del hábito consistente en realizar, acerca de las grandes ideologías, valoraciones preponderantemente morales que eluden la fijación de los rasgos definitorios o característicos del concepto y, en cambio, se fundan en la imagen procedente de la disposición de esas ideologías en relación con el curso general de los acontecimientos en cada período de la historia. Así, el conservadurismo es con frecuencia identificado con la mezquindad, el egoísmo, un inmoderado apego a la propiedad, una férrea hostilidad hacia los grupos sociales emergentes... en épocas dinámicas, expansivas y de gran movilidad social (como fueron, por ejemplo, en España, ciertas fases de la segunda mitad del siglo XIX, la Restauración, especialmente en sus años finales,

⁷ Jones y Retallack, "German Conservatism...", págs. 7-9.

⁸ Blinkhorn, "Introduction...", págs. 2-3, 9.

y la II República) ⁹.

Este método (cuyo rigor es discutible) ha tenido una influencia mayor en la conformación de la imagen del conservadurismo que en la de otras corrientes porque, mientras gran parte de éstas han sido objeto de escrutinio teórico-analítico (es notorio que se ha mostrado mucho más interés por el análisis de los movimientos políticos e ideológicos de la izquierda que por los de la derecha), aquél apenas ha merecido tal tipo atención. Esto se debe a la falta de consenso académico acerca del significado del término, pero sobre todo al hecho de haber sido ampliamente considerado como una fuerza negativa y extemporánea, con poco interés para el analista político. En último término, su especificidad ha quedado diluida. Resultado de la conjunción entre el relativo desinterés y la no muy ortodoxa forma de aproximación, ha sido el predominio de una perspectiva en la que el conservadurismo es asimilado con la derecha.

Ninguna fuerza política ha podido evitar la cuestión que funciona como registro básico de la política desde hace casi doscientos años: ¿izquierda o derecha? Antes o después, todos los movimientos han sido forzados a ingresar en la estructura de este estrecho ordenamiento de sólo dos dimensiones. Se trata de un esquema muy útil, pero también de una división arbitraria en la que predominan los criterios topográficos sobre los ideológicos y doctrinales, simplificándose la realidad política. Se tiende a equiparar conservadurismo y derecha cuando, sin embargo, hay muestras concluyentes de que el vocablo "derecha" ha sido aplicado a muy diferentes entidades políticas, correspondiéndose con tendencias reaccionarias hostiles al liberalismo (Francia), con fuerzas autoritarias altamente recelosas hacia el liberalismo (la Alemania guillermina), con partidos católicos adheridos a las instituciones modernas (la Bélgica decimonónica)

⁹ Urigüen, *Orígenes y evolución de la Derecha...*, pág. 14.

o con los conservadores liberales (Inglaterra). En casi todos estos países, los propios liberales fueron considerados como la derecha tras la aparición del obrerismo ¹⁰.

El esquema izquierda-derecha no constituye en sí mismo un planteamiento equivocado. Pero, manejado sin la debida precaución, puede llevar a percepciones no ajustadas a la realidad. Considerar "conservadurismo" y "derecha" como términos análogos lleva a identificar al primero con las fuerzas, antiguas y modernas, de la reacción. Esto es así por la utilización de los ejemplos más intensos o extremos (que se supone son portadores de las características más significativas) para establecer las señas de identidad de cada categoría. Así, se suele considerar que "las tres erres" (reacción contra las tendencias del presente, resistencia al cambio y radicalismo) son los principales componentes de la derecha ¹¹.

Aunque dentro del esquema izquierda/derecha, el conservadurismo generalmente se ubique a la derecha del centro (en el mismo lado, aunque no en la misma posición, que las derechas radicales), y aunque, a lo largo de la época contemporánea, se haya dado una evidente relación de parentesco entre las diversas ramas de la derecha (no han sido pocas las uniones estratégicas y los trasvases de elementos ideológicos y sociales), el conservadurismo no es, sin más, la derecha, ni quizás tampoco su más significativo miembro ¹². Debe ser claramente diferenciado del

¹⁰ REMOND, René: *La Droite en France*, París, 1954; WEBER, Eugen: "France" págs. 71-72 y STENGERS, Jean: "Belgium", págs. 128 y ss. Ambos en ROGGER, Hans y WEBER, Eugene, *The European Right. A Historical Profile*, Los Angeles, 1974.

¹¹ Blinkhorn, "Introduction...", págs. 1-3; WEBER, Eugene: "The Right. An Introduction", en ROGGER, Hans y WEBER, Eugen (eds.), *The European Right*, Los Angeles, 1974, págs. 2-3, 15-16.

¹² Así lo reconoce Eugen Weber. Por su parte, Walter Theimer dice en su *Encyclopedia of World Politics* que los partidos de la derecha son los partidos conservadores y nacionalistas que están a la derecha del centro del sistema. Tomado de: Weber, "The Right...", págs. 1-2.

tradicionalismo y del radicalismo contemporáneo, que fueron opciones políticamente derechistas, pero no conservadoras: en la medida en que su objetivo fue retornar al pasado, no persiguieron la conservación del orden existente. Por otra parte, los <<restauracionistas>> y radicales muchas veces recurrieron a la violencia, contraria al talante conservador. El conservadurismo político no es, por tanto, la derecha (ni siquiera en el sentido aproximado o groseramente simplificador que apuntó Rossiter), sino, en todo caso, un sector de aquélla: el formado por los partidarios de la moderación y del centrismo, caracterizados por intentar mantener la estabilidad social y política, defendiendo el statu quo tanto contra los reaccionarios como contra los revolucionarios ¹³. El hecho de distinguirse por una actitud moderada y centrista ha supuesto que, no obstante existir elementos en común entre todas las fuerzas generalmente incluidas dentro del espectro derechista, los conservadores hayan constituido una opción política netamente diferenciada del núcleo de la derecha e, incluso, hayan entrado en colusión con miembros de ella.

La distinción entre radicales y moderados dentro de la derecha tiene un valor trascendental. No parecen muy rigurosos los planteamientos sobre los que se ha fundado la tesis de la "descalificación", puesto que, como se ha señalado, se sustentan a menudo en el terreno de la opinión y de la preferencia, más que en el examen científico; y, como Eugen Weber ha indicado, llevan a meter en la misma cesta a Franco, Baldwin, Poincaré y Churchill. En el nivel de las ideas y los movimientos políticos existe una distinción clara entre la derecha y el conservadurismo político. Difícilmente puede seguir teniendo validez general

¹³ ROSSITER, Clinton: "Conservatism", en SILLS, D.L. (ed.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Vol. III, Nueva York, 1968, págs. 290-294; ROBINSON, R.A.H.: "Political conservatism: The Spanish Case, 1875-1977", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 14 (1979), pág. 563.

el guión de los lejanos días de la Revolución Francesa, cuando los progresistas se sentaron a la izquierda y los conservadores a la derecha del presidente de la Asamblea Nacional. Desde entonces en adelante, las cosas han cambiado mucho y la vida política se ha vuelto más compleja ¹⁴.

Achacar al conservadurismo político un carácter eminentemente retrógrado o atrasado constituye el principal ingrediente de la tendencia a la "descalificación" (alimentada por esa consideración de los vocablos "conservador" y "derecha" como intercambiables) ¹⁵, cuando lo esencial y distintivamente conservador es sólo uno de los tres componentes característicos de la derecha: la resistencia al cambio. La traslación al plano político-ideológico de criterios topográficos (la posición relativa de las fuerzas en cada sistema político) ha llevado a ignorar, por un lado, que partidos nominalmente enfrentados han podido tener más cosas en común que lo que hace suponer su contienda en el terreno de la lucha por el poder (las disputas que hubo en la Restauración entre conservadores y liberales no debe llevar a suponer que los principios que inspiraron su actuación gubernamental fueran opuestos o meridianamente

¹⁴ PUHLE, Hans-Jürgen: "Conservatism in Modern German History", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 13, 4 (1978), pág. 693; Blinkhorn, "Introduction...", págs. 9-11; Weber, "The Right...", págs. 1-2.

¹⁵ Apoyándose en Maurice DUVERGER (*Sociología política*, Barcelona, 1970, pág. 166), quien a su vez cita a H.S. EYSENCK (*Psicología de la decisión política*, Barcelona 1964), Begoña Urigüen ha escrito que "todos estarán de acuerdo en que la nota de conservador es verdaderamente caracterizadora del espíritu de la derecha". En: Urigüen, *Orígenes y evolución de la Derecha...*, pág. 14. Por su parte, García Escudero reconoce que emplea indistintamente el término "conservador" y el vocablo "derecha", prefiriendo el segundo a la hora de establecer un nexo de continuidad entre las formulaciones conservadoras del siglo pasado y del presente. Véase: GARCÍA ESCUDERO, José María: *Vista a la derecha. Cánovas, Maura, Cambó, Gil Robles, López Rodó, Fraga*, Madrid, 1988, pág. 20. Asociar conservadurismo y derecha ha tenido sus consecuencias: según Eugen Weber, el *Petit Larousse* explica que <<la derecha incluye a los partidos menos avanzados>>, mientras que <<los partidos más avanzados se ubican en la izquierda>>. En: Weber, "The Right...", pág. 1.

diferentes); por otro, que ha habido notables diferencias y tensiones entre las diversas ramas, familias, partidos y grupos de la derecha y del orbe conservador. Así, se presenta en no pocas ocasiones al fascismo como una forma específica de conservadurismo, cuando los políticos conservadores vieron a sus enemigos no sólo en la izquierda, sino también en la derecha. La convergencia política ocasional y la evidente distancia que siempre hubo entre intenciones y práctica política, no deben llevar a despreciar la diferenciación objetiva entre tradicionalistas, fascistas, conservadores autoritarios y conservadores constitucionalistas ¹⁶.

No obstante estas evidencias, los hábitos aludidos en los párrafos anteriores han sido persistentes. En nuestro país, tales prácticas han tenido consecuencias funestas para la imagen del conservadurismo y de los partidos conservadores, teniendo en cuenta que, cuando se habla de la derecha, se suele considerar que el factor religioso, concebido en términos tradicionales, ha constituido su principal seña de identidad, rasgo que es automáticamente atribuido a aquéllos ¹⁷. Además, en el presente siglo, el grueso de la derecha española no sólo no combatió el fascismo, sino que contribuyó activamente a la destrucción de la democracia y fue soporte de la dictadura franquista, adquiriendo una muy significada reputación antiliberal

¹⁶ Sarti, "Italian fascism...", págs. 16-17; Weber, "The Righth...", pág. 3. Acerca de las características de la dialéctica izquierda/derecha como instrumento interpretativo, véase la nota 1. Añádase a tales consideraciones lo artificial o irreal de la relación antagonista entre izquierda y derecha --que en muchos aspectos y momentos pueden practicar las mismas políticas-- y sus efectos sobre la percepción del conservadurismo político como un bloque.

¹⁷ Tesis también sostenida por: Urigüen, *Orígenes y evolución de la Derecha...*, págs 18-19 y ss.

y reaccionaria ¹⁸.

Así pues, el conservadurismo político ha visto su identidad subsumida en nociones genéricas, siendo objeto de contagio por parte de la percepción global predominante acerca de la derecha. Esta percepción se suele corresponder con planteamientos a veces maniqueos y simplificadores de las posiciones políticas en torno a la cuestión del cambio. El conservadurismo no fue una fuerza promotora del cambio, pero tampoco lo contrario de él.

Se ha puesto primeramente atención en este aspecto de la imagen predominante del conservadurismo porque ha sido en función de ella, o influidos por ella, que los científicos sociales han interpretado la naturaleza política y la dimensión histórica de esta corriente. El término "conservador", que surgió a finales del siglo XVII como denotativo de la oposición al espíritu de la Ilustración, ha sido en último término relacionado con el mantenimiento a lo largo del tiempo de una disposición caracterizada por el planteamiento de sustanciales reservas hacia la modernidad y por la adopción de posturas tradicionales, reaccionarias y antirreformistas ¹⁹. La oposición a la Revolución Francesa (al flujo liberalismo-democracia-socialismo) y al racionalismo ilustrado han sido consideradas como el "pedigree" del conservadurismo moderno, entendiéndose

¹⁸ García Escudero, *Vista a...*, págs. 16, 20-21; PRESTON, Paul: *La destrucción de la democracia en España. Reacción, reforma y revolución en la Segunda República*, Madrid, 1978.

¹⁹ Un pensamiento consistente en una "simbiosis entre tradición y cristianismo para la defensa de los fundamentos del absolutismo político y de la sociedad estamental". Véase: SANTOVEÑA SETIÉN, Antonio: *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Santander, 1994, págs. 15 y ss. La noción más extendida acerca del conservadurismo político le atribuye la naturaleza de una descomunal protesta no sólo contra la revolución, sino también contra la doctrina de los derechos naturales. Según este planteamiento, el standard conservador es el Antiguo Régimen. Tomado de: Von der Dunk, "Conservatism in the Netherlands", págs. 741-742.

que constituyeron su esencia y determinaron su índole ²⁰.

A esta situación se ha llegado, en gran medida, porque el tipo predominante de aproximación académica al establecimiento del significado del conservadurismo, ha respondido fundamentalmente a los presupuestos de la historia de las ideas (es decir, a la determinación de los cánones del pensamiento conservador), cuando uno de los aspectos característicos del conservadurismo es la gran distancia que hubo entre teoría y práctica --entre los conservadores hubo pocas divergencias teóricas, pero muchas divisiones en la práctica-- y cuando es conocido que sus principales personajes no fueron tanto los grandes pensadores como los grandes políticos: en el conservadurismo escasearon los primeros y predominaron los segundos, que forjaron sus concepciones desde la experiencia. Fue ésta la dimensión en la que los fundamentos teóricos (no muy divergentes entre sí) tomaron forma definitiva. Debe tenerse en cuenta que el significado atribuible al término conservador varía bastante en función de la metodología de análisis ²¹. Y en el planteamiento antes indicado subyace la consideración de que se pueden aislar unas pautas ideológico-filosóficas específicas y permanentes con las que identificar al conservadurismo; es decir, que existe un concepto estructural o arquetipo presente en todas sus manifestaciones.

No obstante, en el momento de proceder a la identificación de las pautas estructurales, historiadores y politólogos han tendido a encontrar la esencia del conservadurismo en las características del sostenido en algún momento determinado del

²⁰ WEBER, Eugen: "Ambiguous Victories", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 13, 4 (1978), pág. 819; Jones y Retallack, "German Conservatism...", págs. 3-4.

²¹ Esta práctica ha coadyuvado a forjar una imagen reaccionaria del conservadurismo español, por cuanto las figuras más relevantes en el plano de la teorización se caracterizaron por una adscripción tradicionalista y autoritaria: Jaime Balmes, José Donoso Cortés, Juan Vázquez de Mella. Véase: Alba, *Los conservadores en España...*, págs. 23 y ss, 86-88.

pasado, atribuyendo posteriormente a esas pautas específicas o temporales, la condición de valores estructurales. Al realizar este ejercicio, lo más frecuente ha sido encontrar la esencia del conservadurismo en el contraataque a la Revolución Francesa. Transmitida esta concepción a los tiempos posteriores, los politólogos e historiadores se han concentrado en aquellas manifestaciones del pensamiento conservador que sostienen una visión del mismo como movimiento de ataque consciente a todo cambio o desafío liberal-democrático. No distinguir entre el conservadurismo como concepto temporal y como concepto estructural, ha alejado el análisis de las realidades sociales y políticas (del "criterio real" del conservadurismo) y del establecimiento de distinciones objetivas entre conservadurismo, restauración y reacción ²².

Todas estas consideraciones indican que uno de los soportes fundamentales de la interpretación más extendida sobre el conservadurismo (y, por extensión, sobre el Partido Conservador de la Restauración) es la simplificadora respuesta dada habitualmente a los problemas de carácter metodológico y conceptual que presenta el análisis del fenómeno, así como la confusión que estos problemas han creado en torno a sus notas características como opción política. En España, lo más común ha sido que los estudiosos del tema, sin ignorar la amplitud del uso del calificativo "conservador", hayan obviado una profundización en la cuestión de la escasa capacidad denotativa del término (renunciando a ser más precisos en su atribución políti-

²² SCHUMANN, Hans-Gerd: "The Problem of Conservatism. Some Notes on Methodology", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 13, 4 (1978), págs. 806-811.

ca ²³) o hayan centrado sus análisis en el conservadurismo como pensamiento/mentalidad ²⁴.

Por otra parte, con la perspectiva proporcionada por el análisis del pensamiento como principal lente de aproximación, han tendido a ver todas las dimensiones del conservadurismo --el estilo de vida, la actividad política-- como un todo compuesto e interrelacionado, unidas por una común preocupación. La "mentalidad conservadora" y el pensamiento reaccionario ²⁵ han ido colonizando la percepción de todo lo perteneciente al universo conservador, constituyendo también los principios que informan la aproximación a la política realizada bajo denominaciones conservadoras. Un hábito que ha transmitido una imagen "dura" del conservadurismo ²⁶.

²³ MERINERO, María Jesús y MARROYO, Fernando S.: "Componentes filosóficos y elementos sociopolíticos del discurso tradicional en la obra de Vicente Barrantes: una percepción conservadora de la realidad nacional" en Javier Tusell, Julio Gil Pecharromán y Feliciano Montero (eds.), *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, 1993, págs. 31-59.

²⁴ LOPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria: "La mentalidad conservadora durante la Restauración", en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.), *La España de la Restauración. Política, economía, legislación y cultura*, 1985, págs. 71-109.

²⁵ Básicamente, el catolicismo tradicionalista. Sobre esta cuestión, véase: FERRER, Manuel y otros: *Historia del tradicionalismo español*, Sevilla, 1941-1960; ALSINA ROCA, José María: *El tradicionalismo filosófico en España. Su génesis en la generación romántica catalana*, Barcelona, 1985.

²⁶ Un ejemplo de ello en la historiografía nacional probablemente más dedicada al análisis del conservadurismo clásico es: COLEMAN, Bruce: *Conservatism and the Conservative Party in nineteenth-century Britain*, Londres, 1988. Coleman cuestiona la predominante imagen "progresista" del conservadurismo británico, y manifiesta que "difícilmente puede verse en los Tories a Liberal Conservadores", al apelar, como método de análisis del fenómeno, a la toma en consideración, más que de la obra de los gobiernos, de los valores, las ideas, las representaciones, la visión del mundo... la mentalidad, en definitiva, no sólo de algunos políticos conservadores de primera fila, sino de los "back benches" del partido y, en general de toda la gente que se consideraban y denominaban a si mismos "tories" o conservadores. Es decir, la opinión conservadora o las clases conservadoras, denominadas por Coleman como "el amorfo conservadurismo de fuera del Parlamento". Coleman, reflexionando en sentido metodológico, considera que los partidos conservadores tienen que ser analizados en relación con otras

Esta rutina constituye una poco justificada metonimia, puesto que, como muestran estudios muy consistentes, son notorias las diferencias que existen entre el conservadurismo social, el ideológico y el político, que ni mucho menos resultan siempre coincidentes ²⁷. Además, el conservadurismo político no es necesariamente identificable con el instinto, el temperamento, la disposición, la mentalidad o la actitud conservadoras. El conservador en política puede poseer muchos o algunos de estos rasgos, pero éstos también pueden ser encontrados entre los oponentes del conservadurismo político ²⁸. Sin embargo, todo lo etiquetado como conservador ha sido primordialmente asociado o relacionado con el pensamiento reaccionario de acuerdo con una visión esencialista del conservadurismo. Como ha señalado José María Alsina, "tradicionalista", "ultramontano" e "integrista" han sido los compañeros habituales de viaje del término "conservador" y "son calificativos que se han utilizado indistinta e impropriamente para denominar distintas corrientes de pensamiento...". Los pensadores tradicionalistas, católicos y reaccionarios suelen ser presentados como los representantes

clases de conservadurismo existentes fuera de sus propios confines (págs. 3-5 y ss.).

²⁷ Martin Blinkhorn ha incidido en las diferencias que existen entre conservadurismo social y político (BLINKHORN, Martin: "Conservatism, traditionalism and fascism in Spain, 1898-1937", en BLINKHORN, Martin (ed.), *Fascists and Conservatives*, Londres, 1990, pág. 118), idea en la que también ha abundado Bruce Coleman, quien ha escrito: "Los dirigentes políticos, los segundones y el más amorfo conservadurismo de fuera del Parlamento nunca han sido uno ni el mismo", añadiendo que las clases conservadoras vieron como traiciones las concesiones de los dirigentes del partido conservador a los oponentes liberales (Coleman, *Conservatism and the Conservative Party...*, págs. 4-5). José María Alsina, por su parte, ha indicado que "en muchas ocasiones el pensamiento llamado conservador no coincide necesariamente con la mentalidad y actitudes de los grupos políticos que se han denominado conservadores" (Alsina, *El tradicionalismo filosófico...*, pág. 3). Véase también: Schumann, "The problems of conservatism...", pág. 805 y ss.

²⁸ Robinson, "Political Conservatism...", pág. 562.

característicos del conservadurismo español ²⁹.

Los tradicionalistas constituyeron una corriente muy nutrida e influyente en la sociedad española de la época, pero no la única con relevancia dentro de las posturas contrarias al cambio radical. No obstante, es tal el grado de penetración de la asociación entre reacción y conservadurismo político, que las advertencias hechas sobre el error consistente en identificar la actitud conservadora con una adscripción ideológica determinada o con el partido que llevó tal nombre durante la Restauración, han pasado casi inadvertidas ³⁰. Junto al predominio del punto de vista proporcionado por la historia de las ideas, la pérdida de perspectiva, en la práctica, acerca de la diversidad y de la versatilidad de lo conservador, ha influido en la preponderancia de una imagen ultramontana del conservadurismo español ³¹, siendo frecuente que todas las fuerzas nominalmente

²⁹ Alsina, *El tradicionalismo filosófico...*, págs. 3 y ss.

³⁰ Advertencias hechas por: López-Cordón, "La mentalidad conservadora...", pág. 71. En la historiografía española apenas existen estudios específicos sobre el conservadurismo, constituyendo el fenómeno del pensamiento católico el grueso de los materiales de fundamentación para la aproximación al fenómeno. El único análisis específico del conservadurismo político contemporáneo español que se puede citar --muestra, además, de que la perspectiva metodológica o epistemológica prácticamente determina la valoración del fenómeno: este trabajo, centrado en la actuación de los partidos políticos y los gobernantes, nos habla de un conservadurismo moderno liberal y reformista-- es: PAYNE, Stanley: "Spanish Conservatism, 1834-1923", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 13, 4 (1978), págs. 765-789.

³¹ Apenas se puede citar un trabajo de carácter global sobre el conservadurismo español en el que, considerándose que "el proceso español no se aleja demasiado, en sus líneas esenciales, del europeo", se desarrolla la exposición a partir de la consideración de que el término conservador adquirió en su momento más de un significado. Así se percibe con claridad que la idea maestra de conservación fue común tanto para quienes consideraban que debían mantenerse los logros de la revolución como mejor procedimiento para impedir nuevos avances revolucionarios, como para quienes sostuvieron que era preciso reaccionar frente a la revolución, colocando el futuro en la restauración del pasado. Desde sus inicios, hubo en el conservadurismo una "doble apelación a la tradición", correspondiendo a una tendencia "la salvaguardia de la tradición frente a la novedad: la reacción" y a otra "la recuperación de la tradición de libertad", proponiendo "el

conservadoras sean relacionadas con la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), dada su naturaleza autoritaria ³².

Poner en cuestión la habitual catalogación del Partido Conservador como una fuerza retrógrada desde su constitución inicial teniendo en cuenta un supuesto "pecado original", es asunto de especial relevancia, toda vez que la valoración más extendida se ha sustentado en parte sobre la consideración de la existencia en el conservadurismo de un código genético, un estigma imborrable que condicionó su trayectoria ³³, prescribiendo un devenir que difícilmente podría escapar a un sino caracterizado por el difícil acomodo con los tiempos modernos. Por otra parte, tomar conciencia de este aspecto conlleva la apertura de una perspectiva clara acerca de la falta de correlación que pudo haber en ciertos momentos entre las fuerzas social o temperalmente conservadoras y los partidos políticos conservadores. En situaciones de desafío radical o revolucionario al orden existente (como la España de la crisis de la Restauración), la mayor parte de los conservadores han considerado que las actitudes moderadas y adaptativas propias del conservadurismo político han fracasado (pues su misión es precisamente prevenir ese peligro) o no son las más adecuadas ante tales

justo medio o la moderación como vía". Se trata de: LÓPEZ ALONSO, Carmen: "El pensamiento conservador español en el siglo XIX: de Cádiz a la Restauración", en VALLESPÍN, Fernando (ed.), *Historia de la teoría política*, 5. *Rechazo y desconfianza en el proceso ilustrado*, Madrid, 1993, págs. 273-314.

³² Esta opinión, que desvirtúa el papel jugado por el Partido Conservador durante de la crisis de la Restauración, se pone de manifiesto, por ejemplo, en: MORODO, Raúl: *Acción Española. Orígenes ideológicos del franquismo*, Madrid, 1980, págs. 10-15.

³³ Para Tierno Galván, "hacia 1860..., el conservadurismo español se hace fanático o agresivo, pesimista en exceso o antieuropeo con prejuicios". En: TIERNO GALVÁN, Enrique: *Tradición y modernismo*, Madrid, 1962, pág. 162. Véase también: BURDIEL, Isabel M.: "Elites e ideología: el pensamiento político conservador a mediados del siglo XIX" en *Cahiers de l'Université. Les élites espagnoles a l'époque contemporaine*, 1 (1982), págs. 1-15.

circunstancias, optando por iniciativas de carácter reaccionario con el fin de aniquilar la amenaza al orden existente. El conservadurismo político ha sido postergado en momentos de polarización social y política por las propias clases conservadoras, que le acusan de criptorradicalismo por su inclinación a hacer ciertas concesiones a las fuerzas del cambio. En estas circunstancias, las clases conservadoras se derechizan: adoptan actitudes radicales (para defender los valores e instituciones que estiman se deben preservar) y abandonan el conservadurismo político, <<violando su propio código para evitar el riesgo de desaparecer con él>> ³⁴.

En conclusión, parece oportuno considerar que el término conservador ha admitido a lo largo de su historia más de un significado. Todas las respuestas conservadoras expresaron un fondo común de prevención hacia el cambio, tuvieron una matriz contrarrevolucionaria y llamaron a la defensa de la tradición; pero esta actitud se articuló ideológica y políticamente de forma variada, existiendo conservadores que entendieron la obra de conservación como reacción --su propuesta fue la restauración del Antiguo Régimen: tradicionalismo y utopismo reaccionarios--, conservadores partidarios del inmovilismo y conservadores que se caracterizaron por una actitud "saludablemente" escéptica y optaron por una vía moderada o intermedia, aceptando la <<libertad de los modernos>> y ciertos logros de la revolución como mejor forma de conservación ³⁵. Marcando éstos últimos la pauta

³⁴ Rossiter, "Conservatism", págs. 290-294; Robinson, "Political Conservatism...", pág. 564; Alba, *Los conservadores...*, págs. 44-45.

³⁵ López Alonso, "El pensamiento conservador...", págs. 274-281 y ss. Una fuerza como el liberalismo moderado español pudo constituir la derecha del sistema liberal, pero, en tanto que integrante del sistema liberal, constituyó un partido político de la izquierda española del momento --perteneció al nuevo universo político configurado por la Revolución Francesa--, ubicándose claramente a la izquierda del conservadurismo reaccionario o derecha tradicionalista. En: Urigüen, *Orígenes y evolución de la Derecha...*, pág. 17.

que acabó por constituir el núcleo distintivo del conservadurismo político:

"El reaccionario busca la restauración de un orden o estructura de clases anterior; el revolucionario demanda la imposición brusca o violenta de reformas...; el conservador acepta sabiamente el cambio necesario o inevitable y lo dirige por el camino de la reforma pacífica. Por ello, evita la infructuosa miseria de la revolución y asegura a la sociedad la continuidad en el crecimiento del que aquélla deriva su sostenimiento y fortaleza" ³⁶.

Hay que distinguir entre el conservadurismo político (que, cuando el cambio es inevitable, procura orientarlo y adaptarse a él) y la derecha (que tiende al inmovilismo y, en casos de emergencia, a la reacción); entre conservador y tradicionalista/reaccionario. Y "la distinción entre conservador y reaccionario desautoriza por sí sola la pretensión de separar los conceptos de liberal y conservador", abriendo paso a una visión del conservadurismo político como liberalismo conservador moderadamente reformista ³⁷.

II.1 La naturaleza del conservadurismo

"¿Qué es el conservadurismo? He aquí una pregunta difícil de contestar". Estas palabras de Salvador Giner ³⁸ aparecen expresadas en términos similares o análogos en la práctica

³⁶ BIGGS-DAVISON, J.: *Tory Lives. From Falkland to Disraeli*, Londres, 1952, págs. 3-5. Tomado de Robinson, "Political Conservatism...", pág. 562.

³⁷ García Escudero, *Vista a la derecha...*, pág. 21. La tesis del reformismo como elemento característico del conservadurismo, en oposición a la visión reaccionaria, es asimismo sostenida por Manuel Fraga, defensor de la naturaleza "burkeana" del Partido Conservador de Cánovas. Véase: FRAGA IRIBARNE, Manuel: *El pensamiento conservador español*, Barcelona, 1981, págs. 11-14, 174.

³⁸ GINER, Salvador: *Historia del pensamiento social*, Barcelona, 1987, pág. 398.

totalidad de los estudios sobre el conservadurismo, unánimes a la hora de manifestar la dificultad para aprehender y definir el término. Se trata de una tarea compleja ³⁹, pues, como ha señalado Eduardo Haro Tecglen, "el término encierra un equívoco considerable" ⁴⁰.

Los problemas de definición derivan en gran medida de la naturaleza del objeto: a diferencia del liberalismo o del socialismo, el conservadurismo no surgió como una ideología con un concepto completamente articulado de la naturaleza humana, el estado y la sociedad, sino más bien como una reacción de ciertos estratos sociales frente a los cambios repentinos y dramáticos que comenzaron a transformar la faz de Europa a partir de la segunda mitad del siglo XVIII ⁴¹. Pero si conservador es un vocablo cuya utilidad está emparejada con su capacidad para confundir, se debe sobre todo al uso que de él se hace: es empleado tanto para describir diferentes conjuntos de ideas, como la actividad de los partidos que se denominan a sí mismos conservadores o también fenómenos que van más allá de la ideología y la política, como las actitudes psicológicas o antropológicas de amor y respeto por la autoridad y el orden. Por otra parte, y estrictamente dentro del ámbito de la política, el apelativo también ha sido usado de forma extensiva e imprecisa, designando a partidos, tendencias ideológicas y formas de pensamiento muy diversos entre sí por su naturaleza, contenido, expresión y cronología. Así pues, no sólo califica "objetos" de diversa naturaleza, sino que, dentro del mismo tipo, también acoge realidades muy diferentes. El uso de los términos "conservador" y "conservadurismo" constituye un caso de "inflación"

³⁹ Así lo sostiene NOBLE, David: "Conservatism in the USA", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 13, 4 (1978), pág. 635.

⁴⁰ Haro Tecglen, *Diccionario político*, pág. 142.

⁴¹ Jones y Retallack, "German Conservatism...", pág. 3.

semántica, correspondiéndose la carencia de un perfil definido con la tentación de utilizarle indiscriminadamente ⁴².

Ciertamente, los usos más ampliamente aceptados tienen un lugar común en la preservación de las instituciones y el statu quo existente, compartiendo ciertos elementos cuya zona de convergencia está básicamente en el ámbito de las mentalidades; sin embargo, la preservación del statu quo ha sido concebida y acometida en la práctica de muy diversas formas, cuestión que es muy relevante para el análisis político. Es decir: la mentalidad o psicología conservadora es en gran medida independiente de las posiciones políticas. La mentalidad conservadora ha presentado muchas variantes y ha sido susceptible de una muy diversa materialización. La existencia de lugares comunes a todos los usos del término conservador no sólo no ha sido impedimento para la conversión del término en un cajón de sastre, sino que ha alentado esa situación debido a la inconsistencia de la matriz central como núcleo creador de una identidad política definida. "Conservador" es un calificativo sólo muy remotamente pautado, caracterizándose por la ambigüedad y la indefinición. Una situación a la que se ha llegado tanto por las peculiaridades denotativas del término, como por la fuerza de los usos sociales, no siempre ejemplos de rigor conceptual. Lo conservador, como ideología, resulta engañosamente simple: simple porque su significado parece sencillo a partir de su uso común; engañosa, porque el empleo cotidiano ensombrece los distintos aspectos del conservadurismo y no da cuenta de su diversidad ⁴³.

Este especial estatuto del término "conservador" se

⁴² Schumann, "The Problem of Conservatism...", págs. 807-809.

⁴³ ECCLESAHLL, Robert: "Conservatism", en ECCLESHALL, Robert y otros: *Political ideologies. An introduction*, Londres, 1984, pág. 80; Alba, *Los conservadores...*, págs. 38-39.

presenta como un problema para el estudioso de la historia, que necesita convertirlo en una herramienta analítica y, en cambio, se suele encontrar con una imprecisa concepción genérica que se ha impuesto como indicativo de una ideología política específica; en el ámbito de los partidos políticos y los gobiernos, el atributo "conservador" se ha convertido en una especie de uniforme carcelario de talla única entregado a individuos de diferente constitución física y delictiva. Y, a la hora de hacer Historia Política, el historiador no puede conformarse con manejar "las meras intuiciones políticas del hombre de la calle". Lo que puede ser aceptable en el lenguaje cotidiano, sin embargo, no lo es siempre en el análisis científico. Como ha escrito Roland Sarti, "las distinciones son una parte esencial del razonamiento histórico" ⁴⁴. Es, por tanto, necesario hacer una incursión crítica en este estado de cosas con el fin de introducir el mayor rigor posible en la aplicación del término y de aproximarse al establecimiento de su índole definitoria, pasando de un uso extensivo a otro más específico.

Sin embargo, es notorio que quienes han tratado de superar esta situación --intentando trascender el marco nacional--, han encontrado poco menos que imposible el establecimiento de definiciones aceptables, sobre todo por su escasa operatividad en el terreno político. Este hecho ha tenido consecuencias trascendentales, puesto que la frustración de los intentos por extraer el alma nuclear del conservadurismo ha disuadido a nuevos aventureros potenciales. Todo ello ha supuesto que el término haya finalmente oscilado entre la inconcreción y la aceptación como definición de la tendencia más común entre los

⁴⁴ LAYTON-HENRY, Zyg: "Conservatism and Conservative politics" en LAYTON-HENRY, Zyg (ed.), *Conservative politics in Western Europe*, Londres, 1982, pág. 1; Sarti, "Italian fascism...", págs. 17, 21; ÁLVAREZ JUNCO, José y JULIÁ, Santos: "Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Contemporánea", en *Tendencias en Historia*, Madrid, 1990, pág. 60.

usos cotidianos del vocablo, consistente en utilizar "conservador" como sinónimo de "retrógrado", "reaccionario" u opuesto a la modernidad ⁴⁵.

En este trabajo se considera que, no obstante las dificultades que comporta la tarea, tal estado de cosas necesita ser superado, debiendo realizarse nuevos esfuerzos por determinar la naturaleza específica del conservadurismo político. No se trata, ni mucho menos, de dogmatizar sobre la cuestión. Simplemente, se presenta una reflexión acerca del problema y se ofrecen algunas sugerencias que, surgidas a la luz de las ideas transmitidas por las obras de los principales especialistas en el tema, pueden ser de utilidad para interpretar la crisis del parlamentarismo liberal en la España contemporánea.

La primera consideración a realizar es que el poco éxito de los esfuerzos hechos para concretar el conservadurismo, ha podido obedecer a que se ha tratado fundamentalmente de intentos orientados a establecer definiciones válidas para el conjunto de actitudes y fenómenos políticos (y también no sólo estrictamente políticos) que el conservadurismo ha terminado por abarcar. Las tentativas, en vez de esfuerzos por desbrozar la maraña selvática en que se ha convertido el dominio conservador, han buscado elaborar dictámenes de validez global para todas las advocaciones del conservadurismo, como si existiese una combinación cromosómica común a todas ellas.

Una ha sido el conservadurismo situacional, definición de Roberto Michels (tendencia al mantenimiento del *statu quo* en todo momento sea cual sea), posteriormente enriquecida, entre

⁴⁵ Sarti, "Italian fascism...", pág. 15.

otros, por Samuel Huntington ⁴⁶. Constituye éste el uso más estricto y significativo del término, así como uno de los de mayor éxito. Proporciona una ayuda descriptiva esencial, pero se trata de una concepción de muy escasa operatividad definitiva, pues dice muy poco de las fuerzas acogibles bajo tal denominación: todo partido político o corriente actúa en sentido conservador en algún momento con independencia de su ideología. La significación ideológica y la esencia definitoria de un movimiento o fuerza política no resulta fundamentalmente expresada por la ocupación de un espacio particular del espectro político, espacio cuyo contenido concreto puede variar sustancialmente entre unos y otros sistemas políticos ⁴⁷.

Otra versión la ha constituido el conservadurismo temperamental: el término conservador es utilizado para describir una variedad de rasgos o predisposiciones mostradas por hombres de todas las sociedades: el respeto por la tradición y la autoridad, el miedo a la innovación y al cambio, el mantenimiento de la deferencia, la creencia religiosa... derivando posiciones políticas de ciertas inclinaciones psicológicas o mentalidades. Sin embargo, como ya se ha señalado, los diversos elementos del temperamento conservador no son privativos del hombre conservador en política, manifestándose también entre los antagonistas del conservadurismo.

Otra teoría del conservadurismo es la histórico-aristocrática, que le identifica con la reacción de las clases feudales

⁴⁶ Ciertamente, Michels observó que el término "conservadurismo" no podía ser fácilmente remitido a una filosofía o conjunto de valores específicos y que, en cambio, se trataba más bien de una actitud tendente al mantenimiento del statu quo, pero su propuesta estuvo lejos de aportar una perspectiva elucidatoria. Véase: MICHELS, Robert: "Conservatism", en *Encyclopedia of the Social Sciences*, Vol. IV, Nueva York, 1931, pág. 230; HUNTINGTON, Samuel: "Conservatism as an Ideology", en *The American Political Science Review*, 51 (1957), págs. 454-473.

⁴⁷ Robinson, "Political conservatism...", págs. 562-563.

contra la Revolución Francesa, el espíritu ilustrado, el liberalismo y el empuje de la burguesía. El conservadurismo es presentado como una doctrina antiliberal y antimoderna que defendió la restauración del Antiguo Régimen. Se trata de una visión de éxito, pero atendida a una formación histórica concreta y, por tanto, marcada por su incapacidad para dar cuenta de la evolución del conservadurismo y para ofrecer rasgos de validez transnacional acerca de su naturaleza ⁴⁸.

La imagen proporcionada por estas dos últimas perspectivas se ha confabulado con el desconcierto sembrado en los medios académicos por la escasa validez de la definición situacional, para favorecer la consolidación de una situación en la que el conservadurismo es fundamentalmente identificado con la derecha, el tradicionalismo y el utopismo reaccionario. El hecho de que el conservadurismo siempre se haya identificado a sí mismo como la defensa del statu quo, ha sugerido pautas de comportamiento precedentes a las revoluciones industrial y francesa, al mundo contemporáneo en suma. Como resultado, el término ha significado una disposición frecuentemente identificada como "tradicionalista", siendo asociado con la ideología específica dentro de la que esta disposición ha sido articulada ⁴⁹. El planteamiento clásico comporta también cierto tono denigratorio de lo conservador, asociado con elementos negativos, como autoritarismo, antisemitismo, superstición... y opuesto a conceptos de resonancia más positiva, como liberalismo, progresismo o regulación social. El conservadurismo es definido como la resistencia sistemática al cambio y es considerado como la ideología que afirma, justifica y mantiene el campo de acción de minorías pri-

⁴⁸ Este es el planteamiento de BENETON, Philipe: *Le conservatisme*, París, 1988.

⁴⁹ OAKESHOTT, M.: "On Being Conservative", en *Rationalism in politics*, New York, 1962, págs. 168-196.

vilegiadas ⁵⁰.

Así pues, los intentos más frecuentes por encontrar un mínimo divisor común al conjunto del conservadurismo como fenómeno político han aportado una escasa capacidad definitoria y han contribuido, directa o indirectamente, a la identificación entre conservadurismo y reacción, presentando a aquél como una ideología cuya esencia es el rechazo del liberalismo (se confunde ideología con práctica política: puesto que cuestionó la visión racionalista-liberal, rechazó el liberalismo) y el apego a una estructura social pre-moderna y pre-burguesa ⁵¹. Frente a lo más habitual, parece oportuno tener una perspectiva diferente del carácter poliédrico del conservadurismo. Se trata de tomar conciencia de que, en la práctica, bajo el paraguas conservador han sido dispuestas distintas fuerzas y corrientes de forma desacertada en muchas ocasiones. Esta es la razón de que su fondo común resulte muy difícil de extraer y mucho más de convertir en una definición útil para la historia política. Los rasgos aparentemente compartidos por todas las advocaciones de conservadurismo pueden ser indicativos de cierto grado de parentesco, pero no son expresión de una misma índole política.

El mero hecho de poseer una perspectiva amplia del significado posible del calificativo conservador ⁵², lleva a rechazar la idea de que la esencia del conservadurismo pueda estar,

⁵⁰ Layton-Henry, "Conservatism...", págs. 2-5. Como crítica a la habitual práctica consistente en la identificación entre conservadurismo y derecha, véase: Puhle, "Conservatism in Modern German...", págs. 688-693.

⁵¹ Véanse al respecto los dos artículos de Hermann VON DER DUNK con el mismo título: "Conservatism in the Netherlands". La primera versión es la ya citada (págs. 741-742). La otra en LAYTON-HENRY, Zyg (ed.), *Conservative Politics in Western Europe*, Londres, 1982, pág. 184.

⁵² Como ha escrito Hans-Jürgen Puhle, "aparte de cualquier tipo de variación nacional y regional, <<ser conservador>> pudo y de hecho significó diferentes cosas en diferentes momentos, incluso dentro del mismo contexto general". En: PUHLE, Hans-Jürgen: "Conservatism in Modern German History", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 13, 4 (1978), pág. 689.

como han considerado muchos especialistas (Karl Mannheim ha sido el más destacado en este sentido ⁵³), en el tradicionalismo y en una actitud reactiva; así como a matizar la afirmación de la existencia de una estrecha relación entre la derecha reaccionaria (antigua o moderna) y el conservadurismo (relación fundada en la existencia de una supuesta esencia filosófica, intelectual o ideológica común a todas las formas de conservadurismo/derechismo). Ambas corrientes entraron frecuentemente en coalición, han compartido muchas ideas y propensiones y también han pugnado por obtener apoyo de unos mismos grupos sociales. Pero su manera de defenderse frente a las presiones de cambio y de concebir la naturaleza del orden sociopolítico ha sido muy distinta; antagónica en algunas ocasiones ⁵⁴.

Desvelar el significado del conservadurismo es un ejercicio que parece exigir, en primer lugar, aceptar la idea de que probablemente todo lo que en el terreno de la política es catalogado de forma habitual como conservadurismo, puede no ser en sentido estricto un fenómeno "conservador". En segundo (siguiendo un tanto libremente las sugerencias de Rossiter ⁵⁵), dejar de ver todas las expresiones de conservadurismo como figuras hechas de un mismo magma o como manifestaciones de una misma realidad central y, en cambio, considerar la existencia de tres niveles, formas o variedades básicas cuya esencia es específica y cuya correspondencia no es mecánica ni lineal: un conservadurismo temperamental (la disposición psicológica individual a resistirse a los cambios dislocadores de las rutinas y estructu-

⁵³ MANNHEIM, Karl: *Ideología y utopía*, Madrid, 1958. La relevancia de Mannheim en el estudio del conservadurismo proviene de la difusión de su muy conocido ensayo "Conservative thought", escrito en 1927 y publicado en *Essays on Social Psychology*, Londres, 1953.

⁵⁴ VON BEYME, Klaus: "El conservadurismo", en *Revista de Estudios Políticos*, 43 (1985), pág. 7.

⁵⁵ Rossiter, "Conservatism", págs. 290-294.

ras de la vida cotidiana), otro situacional (una oposición más deliberada y sistemática al cambio subversivo en el reino de las costumbres sociales, de las relaciones jerárquicas y de la religión) y, finalmente, otro político, que difiere de las otras variedades en que sólo puede existir en la sociedad moderna como una más de las fuerzas organizadas para competir por el control del curso y de la orientación del cambio.

En este trabajo se adopta una perspectiva generalmente rechazada por los estudiosos del tema debido al vértigo que causa no poder relacionar esa forma de aprehensión de la esencia conservadora con una forma específica de ideología política. Frente a la tendencia consistente en desplazarse por el panorama de la política utilizando las grandes categorías y doctrinas para referirse a fenómenos políticos específicos, aquí se considera que algunos de éstos se explican mejor desde el plano de las actitudes: radical o moderada, teórica o espontánea ⁵⁶.

En tanto que ideología, la conservadora es la más imprecisa --la menos ideológica-- de todas las grandes corrientes. Esto obedece a que el conservadurismo carece de un tronco único de doctrina: los grandes principios son vagos y las doctrinas ocasionales. El conservadurismo es ecléctico y pragmático; así pues, su misma naturaleza y su concepción de la política le alejan de la teoría. La teoría fue entre los conservadores menos sustancial que una variedad de actitudes, principios y preferencias no intelectuales. Así pues, parece más elucidatorio rechazar que el conservadurismo haya sido en sentido estricto un "ismo" (una idea central o un sistema de ideas) y considerar

⁵⁶ Weber, "The Righth...", págs. 2-3.

que no constituye una ideología explícita ⁵⁷.

En su acepción genérica, el conservadurismo constituye una perspectiva o actitud sostenida en la idea de conservación y asentada, según los casos, en la personalidad, la psicología, la posición social, el interés económico o cualquier combinación de estos factores. La actitud conservadora se caracteriza por la satisfacción con el statu quo, al que consideran como la mejor forma posible (no como la forma ideal) de existencia. Por ello, los conservadores no son activos en la búsqueda de cambios (por el contrario, muestran disgusto hacia ellos, al ver un riesgo de decadencia o de degeneración de las sociedades) y sí lo son en la defensa del orden establecido (visto no en términos esenciales, sino como un principio de orden), defensa a la que acuden cuando consideran este último gravemente amenazado. Los conservadores tienden a defender las formas políticas y sociales existentes aduciendo que poseen una virtud especial, puesto que, a su entender, han sido refinadas en un proceso secular por la historia y sacralizadas por la tradición. Al tratarse de instituciones resultantes de un destilado de siglos (sancionadas por la racionalidad histórica), consideran un riesgo todo intento de reforma basado en las inclinaciones racionalistas del hombre, prefiriendo lo conocido debido a la falta de garantías sobre el resultado de su alteración: el conservador cree en "lo que es", que entiende es el orden natural, más que en "lo que podría ser", que ve como un peligroso artificio; confía en la

⁵⁷ Una ideología consiste en una doctrina sistemática y globalizadora que proporciona una teoría completa y universal del hombre y de la sociedad y de la cual deriva un programa de acción. En su uso moderno, la ideología se ocupa particularmente de creencias políticas, valores, ideales y justificaciones morales que incumben a la forma y al papel y del gobierno y la naturaleza del sistema económico, y que actúan como un sistema de creencias políticas susceptibles de uso para movilizar a los ciudadanos y llevarles a la acción. La ideología política tiene unos valores centrales -- un sistema de creencias políticas-- y un programa que constituye una guía para la acción. Véase: FUNDERBURK, Charles y THOBABEN, Robert G.: *Political ideologies. Left, center, righth*, Nueva York, 1989, págs. 1-5.

experiencia y rechaza lo abstracto. Por ello, suscribe la tradición y valora como positivo en el presente todo aquello que es herencia del pasado. La desconfianza hacia el cambio y el escepticismo hacia las innovaciones llevan a una preocupación primordial por el orden y por los medios que ayudan a promover la estabilidad ⁵⁸.

La actitud conservadora se corresponde con algunos principios básicos. Uno de ellos es el tradicionalismo, que consiste en un apego a los usos tradicionales y a las instituciones históricas. Se trata de un respeto por las continuidades institucionales, morales e intelectuales que por sí solas pueden conferir a un pueblo su identidad y dar estabilidad a un orden social.

Del tradicionalismo deriva el organicismo: las sociedades nacionales son vistas como un órgano vivo (producto de la lenta evolución de la historia), en el que ciudadanos y grupos están conectados por un conjunto complejo de relaciones mutuamente beneficiosas. Un sistema que, debido precisamente a su complejidad, no es susceptible de cambio total, siendo el resultado del espíritu humano en su evolución histórica y por lo tanto una expresión más racional del orden social que cualquier construcción pensada por el hombre.

Conectados con los dos principios anteriores está la creencia en la jerarquía, cuestionando los argumentos en favor de la uniformización de los estratos sociales. Para los conservadores, los seres humanos son, excepto en un sentido moral último, desiguales; de ahí la necesidad de clases u órdenes sociales. La jerarquía es una característica indispensable de una buena sociedad: su destrucción a manos del igualita-

⁵⁸ BARADAT, Leon: *Political Ideologies. Their origins and impact*, Nueva York, 1984, págs. 34-35; GOODWIN, Bárbara: *El uso de las ideas políticas*, Barcelona, 1988, págs. 181-188.

rismo reduce a la sociedad a átomos y deja a los individuos sin identidad. El conservador afirma el valor de las distinciones sociales y considera que el orden, la moderación, la constrictión y el equilibrio son prerequisites necesarios para el ejercicio de la libertad.

Clave del arco que conecta tradicionalismo, organicismo y jerarquía es el escepticismo: para los conservadores, la vida no es susceptible de mejoras por la aplicación de teorías sociales y políticas (remedios puramente racionales), siendo más adecuado tener fe en las instituciones existentes y en su evolución espontánea. Subyace a todo ello la certeza de la imperfección de la condición humana y la desconfianza hacia las teorías abstractas de progreso: dadas las limitaciones morales e intelectuales del hombre, la vida sólo se hace tolerable en la medida en que los seres humanos están constreñidos por la religión, las costumbres y las instituciones sancionadas por la tradición. El hombre es una criatura más instintiva que racional, luego la experiencia, el hábito y la costumbre son guías superiores a la lógica y la razón abstractas.

Finalmente, hay una insistencia manifiesta en la religión, vista en sentido histórico y significando, en general, cristianismo, del que valoran sobre todo la disciplina y el sacramentalismo. La apreciación de la religión como una forma de autoridad y de socialización es muy fuerte entre los conservadores. Para los conservadores, el hombre es un animal religioso y el humanismo secular derivado de la religión proporciona los cimientos de la sociedad civil ⁵⁹.

Todos estos elementos son indicativos de una actitud que no muestra entusiasmo por la modernidad. Pero no es menos cierto

⁵⁹ QUINTON, Anthony: *The politics of imperfection*, Londres, 1973, págs. 88 y ss (tomado de: INGLE, Stephen: *The British Party System*, Oxford, 1987, págs. 25-26); NISBET, Robert: "Preface" en *Journal of Contemporary History*, Vol. 13, 4 (1978), págs. 631-632.

que el sostenimiento o la defensa de lo que Nisbet ha denominado un tanto infundadamente "los dogmas del conservadurismo" (y que él ha enumerado por parejas en historia y tradición, prejuicio frente a razón, autoridad y poder, libertad y desigualdad, propiedad y vida, religión y moralidad ⁶⁰) ha sido susceptible de una formulación política diversa, siguiendo diferentes tendencias y formas culturales, ideológicas y doctrinales. La traducción de los principios y de la actitud conservadora en ideología y acción políticas no ha sido unívoca. Como ha señalado Hermann Von der Dunk, "dos personas que, por ejemplo, en 1820, estuviesen de acuerdo en ver como natural la Europa pre-revolucionaria, no necesariamente habrían tenido en mente los mismos aspectos de esa Europa pre-revolucionaria". Entre los conservadores hubo mucho desacuerdo acerca de cuáles eran los elementos fundamentales y cuáles los secundarios, cuáles eran las prioridades del momento y qué causas estaban perdidas. El cumplimiento de los genéricos objetivos conservadores no siguió una sola pauta, sino varias, diferenciadas unas de otras por los medios elegidos y por la parte mayor o menor del ideal a realizar ⁶¹.

El conservadurismo surgió simultáneamente en varios países --teniendo como tronco común las *Reflexiones en torno a la Revolución en Francia* de Edmund Burke (1790)--, como respuesta a la Revolución Francesa y sus derivaciones. Pero en cada país (y dentro de cada país), los contrarrevolucionarios no concibieron de la misma forma el mantenimiento el sistema tradicional ni consideraron como sistema establecido el mismo tipo de régimen. Por ello, si bien todas las réplicas nacieron antirrevolucionarias, pudieron seguir trayectorias políticas diversas,

⁶⁰ NISBET, Robert: *Conservatism. Dream and reality*, Milton Keynes, 1986, págs. 21-72.

⁶¹ Von der Dunk, "Conservatism in the Netherlands", pág. 743; Coleman, *Conservatism and the...*, pág. 8; Sarti, "Italian fascism...", pág. 16; Robinson, "Political Conservatism...", pág. 565.

cristalizando en opciones diferentes.

A partir de una fase inicial de cierta homogeneidad conservadora en torno a la propuesta antirrevolucionaria de Burke, una vez triunfantes las revoluciones liberales, en la práctica se fueron planteando tres diferentes respuestas políticas expresivas de la actitud conservadora. Hubo, en primer lugar, una tendencia reaccionaria o restauradora, dispuesta a seguir procedimientos radicales para ver realizado su deseo de reimplantar el sistema social del pasado (idealizó el absolutismo y repudió el orden sociopolítico moderno). Hubo, en segundo lugar, un "conservadurismo de statu quo"; éste aceptó el nuevo orden liberal, pero se opuso a cambios ulteriores. Y, por último, un "conservadurismo reformista": persuadido de la imposibilidad de una detención de la evolución de la sociedad y de la inutilidad de los esfuerzos por evitar los cambios, aceptó la realización de ciertas reformas para impedir cambios revolucionarios que supusiesen una ruptura abrupta y total con el pasado ⁶².

¿Pueden ser todas estas tendencias catalogadas rigurosamente como conservadurismo político teniendo en cuenta su común referente primario? Un análisis detenido lleva a una respuesta negativa. No es éste el primer trabajo el que se considera que muchas fuerzas políticas y dirigentes que se han jactado de ser conservadores, o que han sido catalogadas como tal, difícilmente pueden ser consideradas como manifestaciones de conservadurismo político ⁶³. Conservador en política es aquél que, mostrando temor a los grandes cambios y desconfiando de los proyectos racionalistas, considera, no obstante, que determinados cambios (asociados a la incontrovertible evolución de la sociedad) son

⁶² EPSTEIN, Klaus: *The Genesis of German Conservatism*, Princeton, 1966, págs. 12 y ss.

⁶³ Weber ha escrito que "el conservadurismo del que Bismarck alardeó fue difícilmente conservador". En: Weber, "The Righ...", pág. 16.

imparables o inevitables, por lo que desestima una defensa integral del statu quo y acepta innovaciones y reformas. Éste (incluso cuando comporta asumir modificaciones que le disgustan o contravienen sus formulaciones doctrinales) es visto como el mejor medio de impedir cambios radicales, bruscos o violentos (de los que podría derivar la destrucción del statu quo) y, por tanto, de realizar el ideal de conservación, remitido al mantenimiento de lo más valioso o lo más útil de la tradición o del pasado. Los conservadores reputan ciertas reformas como medidas precisas para conservar lo fundamental: se trata de cambiar para conservar. En definitiva, tratan de controlar el cambio, de moderarlo, de convertirlo en un proceso de transformación paulatina, minimizando la posibilidad de sorpresas. Esta disposición a aceptar ciertos cambios es lo que hace del conservadurismo una ideología en la que los principios y la teoría tienen una escasa consistencia, predominando el plano de la política real y adquiriendo sus formulaciones doctrinales, a golpe de pragmatismo, un carácter inestable y mudable ⁶⁴.

Como ya se ha señalado, entre los conservadores ha habido pocas divergencias teóricas, pero muchas divisiones en la práctica. El conservadurismo ha mostrado, a la vez, un mínimo común divisor y un carácter multiséntico: respondiendo a una misma actitud y a partir del primer gran desafío radical al orden establecido (la Revolución Francesa) que le impulsó a surgir y a articularse, se han formulado diversas doctrinas y se han constituido diferentes entidades políticas en cada momento de la historia y en cada país. La conformación del conservadurismo como ideología política se ha realizado más en términos negativos (en relación con el movimiento a neutralizar y cuando éste se ha manifestado amenazante: liberalismo, radicalismo, socialismo) que positivos, dependiendo su materializa-

⁶⁴ Alba, *Los conservadores...*, págs. 13-15, 23-45, 53-55.

ción de la coyuntura espaciotemporal y de la naturaleza y la fuerza del desafío a afrontar ⁶⁵.

Al estimularse siempre, en sentido negativo, por el avance del racionalismo y del proceso de secularización, el conservadurismo político se ha ido formulando a impulsos subsiguientes a las acometidas de la modernidad. Su esencia política no reside en la fidelidad a una ideología definida, sino en una actitud o estilo. Siguiendo a Leon Baradat, hay que indicar que cuando el científico social se mueve en el espectro de las actitudes políticas, ha de tener en cuenta que cada una se diferencia de las demás por su disposición hacia el cambio más que por ningún otro elemento ideológico explícito ⁶⁶. La actitud política conservadora se ha definido por la acomodación al cambio. Es en este aspecto en donde reside la naturaleza específica del conservadurismo político. También ésta es la causa explicativa de que, sin dejar de tener como móvil los aspectos fundamentales de la actitud conservadora, se haya mostrado como una ideología doctrinalmente cambiante, cuyos contenidos se han modificado en función de las circunstancias (en el rechazo a la adopción de un sistema ideológico-abstracto radica su capacidad para la transformación). Asimismo, éste es el criterio a tener en cuenta para percibir con claridad que las intensamente ideologizadas y en ocasiones violentas respuestas reaccionarias, si bien igualmente remitidas a la actitud conservadora e integrantes de la derecha, no constituyen en sentido estricto manifestaciones de conservadurismo político: "el <<conservador como revolucionario>>, el tradicionalista que actúa <<radicalmente>> para preservar los decadentes valores e instituciones de su comuni-

⁶⁵ Beneton, *Le conservatisme*, págs. 5-7; WEISS, John: *Conservatism in Europe, 1770-1945. Traditionalism, reaction and conter-revolution*, Norwich, 1977, pág. 72.

⁶⁶ Baradat, *Political Ideologies...*, pág. 23.

dad, no es conservador en absoluto" ⁶⁷.

Simplificando mucho, puede hablarse de la existencia de dos grandes líneas: una contestación reaccionaria, intransigente y antiliberal, esencialmente regresiva, partidaria de la restauración del Antiguo Régimen y cuya denominación política apropiada no es conservadurismo, sino tradicionalismo; y una actitud pragmática de resistencia al cambio, moderada, adaptativa y, por tanto, tolerante y convergente con el liberalismo, que es la propiamente conservadora. Mientras el rechazo de la ideología ilustrada de progreso llevó a algunos contrarrevolucionarios a luchar por un regreso al pasado, otros (el "conservadurismo de sentido común": era cada vez más evidente que el Antiguo Régimen había perdido la partida) consideraron que la afirmación de la tradición no podía consistir en la preservación íntegra del pasado (un planteamiento tan utópico y repudiable como el revolucionario), aceptando el cambio gradual para evitar la revolución y conservar los elementos básicos de la sociedad. Una postura basada en la consideración burkeana de que un Estado nacional sin medios para cierto cambio carece de medios para su conservación y de que la estabilidad no es inmovilismo ni reacción. Ambas respuestas mantuvieron muchos aspectos en común y, durante un tiempo, estuvieron en el mismo redil. Sin embargo, se acabaron proyectando políticamente en términos no coincidentes e incluso contrapuestos ⁶⁸.

Poner de manifiesto estas disparidades puede parecer una apelación a una cuestión de detalle que no enmascara la realidad de las muchas coincidencias espirituales, ideológicas y sociales

⁶⁷ OLIET PALÁ, Alberto: "Neoconservadurismo", en VALLESPÍN, Fernando (ed.), *Historia de la teoría política, 5. Rechazo y desconfianza en el proceso ilustrado*, Madrid, 1993, pág. 401; Rossiter, "Conservatism", pág. 292.

⁶⁸ Goodwin, *El uso de...*, págs. 185-186; Robinson, "Political Conservatism...", pág. 564.

existentes entre todas las familias situadas en la derecha del espectro político. Pero llamar la atención sobre la diferente naturaleza política de las diversas especies del universo conservador, constituye un aspecto de especial relevancia. Como ha señalado Eugen Weber, este tipo de discriminación es "crucial". Él mismo también ha denunciado que la distinción entre conservadores y tradicionalistas en el período 1790-1870, y entre conservadores y radicales de derecha en el período entre 1870 y 1945, es muchas veces perdida de vista, cuando, sin embargo, "hay menos diferencia entre un radical de izquierdas y uno de derechas que entre dos hombres de la derecha (o de la izquierda), uno de los cuales es radical y el otro conservador". La diferencia entre conservadores y tradicionalistas estuvo en que, mientras los segundos quisieron retornar a una versión del pasado que omitía todos los aspectos que les disgustaban, los conservadores quisieron siempre preservar ante todo el presente, incluso contra el pasado ⁶⁹.

El núcleo constitutivo y el aspecto distintivo característico del conservadurismo no ha consistido en la reprobación de la Ilustración y de la Revolución Liberal iniciada en Francia: en el antiliberalismo inicial, visto como un espíritu básico trasladado a las etapas siguientes. Ciertamente, no se puede entender la naturaleza del conservadurismo sin tener en cuenta su surgimiento en un momento muy preciso de la historia (sin considerar su dimensión de fenómeno histórico), pero en esa circunstancia lo esencial no fue el rechazo del liberalismo, sino de la revolución: la amenaza de cambio radical y violento. Lo que el conservadurismo político mantuvo de esta etapa en las siguientes fue el repudio de las modificaciones bruscas, no de los sistemas liberales. De acuerdo con su naturaleza de estilo político, exhibió una especial adaptabilidad doctrinal (en tal

⁶⁹ Weber, "Ambiguous Victories", pág. 823.

grado que resulta incompatible con una noción estricta de ideología) y puso de manifiesto que su continuidad radicó en oponerse sucesivamente a aquéllo que parecía preciso rechazar por constituir una amenaza de cambio radical. Esta desventaja del conservadurismo frente a otras opciones ideológicas (su inconsistencia, su debilidad teórica y su definición "en negativo") constituye también, sin embargo, el origen de su éxito, de su paradójica supervivencia en la época en la que lo tradicional se ha batido en retirada y se han difundido crecientemente los principios de la modernidad ⁷⁰. La flexibilidad característica del conservadurismo ha permitido la defensa, en cada circunstancia, de diferentes doctrinas: la teoría ha ido dejando paso a la realidad, reformulándose a lo largo de su devenir gracias a su disposición antidogmática y pragmática.

En conclusión, hay que afirmar que la actitud conservadora ha dado origen a diversas tendencias políticas, que van desde el integrismo legitimista hasta el liberalismo. No obstante, no todas ellas pueden ser rigurosamente calificadas como conservadurismo político. Son políticamente conservadoras aquéllas que han admitido la evolución de las sociedades, manifestándose poco estables en tanto que formulaciones doctrinales, subordinando la teoría a la práctica y adaptándose al sentido de los tiempos. El conservadurismo, como tendencia política, no puede ser confundido con las fuerzas de la reacción frente a la modernidad o de carácter restauracionista aparecidas en Europa desde finales del siglo XVIII, ni con el más reciente radicalismo de derechas.

Estas consideraciones resultan más comprensibles haciendo

⁷⁰ Weber, "Ambiguous Victories", pág. 819; Alba, *Los conservadores...*, págs. 54-55. Alba señala que la debilidad teórica, además de una ventaja, fue un inconveniente al forzar al conservadurismo a la improvisación. Al carecer de puntos claros de referencia, se hizo difícil o desconcertante la interpretación, desde fuera, de la política conservadora.

un poco de historia del conservadurismo. Dentro del mismo cabe distinguir varias tradiciones nacionales convergentes en el punto de partida, así como divergentes en su evolución posterior y también desiguales en cuanto a la influencia ejercida fuera de sus ámbitos originarios. La tendencia reaccionaria encontró su principal expresión en la tradición conservadora francesa, que llevó a cabo una ruptura radical con el espíritu de la Ilustración. Una ruptura que amplió y sobrepasó los planteamientos de Burke. Burke abrió un espacio para el contrato social entendido de una forma especial, pero esto no ocurrió con Louis de Bonald y Joseph de Maistre, émulos de aquél y admiradores de su obra, pero partidarios de romper de un modo absoluto con el principio revolucionario. Su pensamiento alimentó ideológicamente el movimiento legitimista y a largo plazo el maurrasismo ⁷¹.

La ansiedad conservadora desatada por la revolución se manifestó en Francia como una preocupación obsesiva y urgente por la relación entre consenso y orden. El conservadurismo francés rechazó la posibilidad, planteada por los moderados, de compatibilización entre orden y libertad mediante una estructura de legalidad, en el que no se requería un acuerdo social específico sobre valores fundamentales. Por el contrario, insistieron en la necesidad de un consenso sustantivo, de una unidad espiritual, oponiéndose amargamente al liberalismo por perpetuar el desacuerdo en nombre de la libertad. Para De Bonald y De Maistre, la unidad espiritual sólo podía obtenerse restaurando la organización monárquica y eclesiástica previa a 1789. Esta

⁷¹ En este sentido, parece preciso hacer una pequeña digresión. La naturaleza política del conservadurismo no puede fundarse en la oposición al racionalismo ilustrado, sino en la oposición al cambio radical, si se tiene en cuenta que, cien años después de la Revolución Francesa, los diversos movimientos de la derecha radical y neotradicionalista que se difundieron por Europa y que se opusieron a los regímenes liberal-parlamentarios entonces existentes, se jactaron de hundir sus raíces en la reacción cultural contra el "racionalismo decimonónico", que entonces era defendido, en sus formas políticas, por los partidos conservadores.

tendencia apenas abrió espacio alguno a la moderación o al compromiso, al excluir de forma dogmática toda diversidad social y política, no aceptando siquiera la equilibrada Constitución inglesa de 1688. Se mostró favorable a la defensa de una sociedad orgánica internamente corporativizada ⁷².

Esta fórmula constituyó, más apropiadamente que una versión de conservadurismo, un tradicionalismo ⁷³. Un carácter igualmente antiliberal, convergente en ese aspecto con la tradición francesa, presentó la tradición alemana (el conservadurismo romántico), muy particular en su concepción y manifestaciones, pero asimismo caracterizada por el desprecio hacia el "vulgar" espíritu liberal. A los conservadores teutones les disgustó el carácter frío e impersonal del sistema legalista que pretendían crear los defensores del constitucionalismo. El pensamiento conservador alemán dio como principal producto la creación de la teoría orgánica del Estado, contraria al individualismo. Fueron partidarios de la forma monárquica de gobierno y de una organización social aristocrática, identificando la comunidad orgánica con la nación ⁷⁴.

El tradicionalismo reaccionario francés y el organicismo alemán fueron fenómenos ideológico-políticos importantes -- experimentaron un espectacular "revival" a comienzos del siglo XX-- y bebieron en fuentes similares a las del resto del conservadurismo europeo, pero estuvieron lejos de constituir, tanto en sus respectivos países como fuera de ellos los

⁷² RIALS, Stéphane: "La Contrarrevolución", en ORY, Pascal (dir.), *Nueva historia de las ideas políticas*, Madrid, 1992, págs. 109-116; O'SULLIVAN, Noel: *Conservatism*, Londres, 1976, págs. 32-41. La traslación al plano político del pensamiento contrarrevolucionario francés es analizada por: Alsina, *El tradicionalismo filosófico...*, págs. 13-53.

⁷³ Beneton, *Le conservatisme*, pág. 8. Esta obra ofrece una excelente síntesis de la tradición conservadora francesa; véanse las páginas 5-66.

⁷⁴ O'Sullivan, *Conservatism*, págs. 58-80.

movimientos análogos, las corrientes más determinantes del devenir político y más influyentes en la conformación de las formas de gobierno características de la Europa occidental del siglo XIX. El cuerpo central del conservadurismo, no obstante la diversidad de formulaciones que adoptó en cada país y momento de la historia, se nutrió, al igual que el tradicionalismo reaccionario, de los planteamientos contrarrevolucionarios de Burke, pero asimilando sus elementos constitucionalistas y moderados. Burke inspiró a De Maistre y De Bonald, conectando con ellos en el rechazo de la fe racionalista en el progreso; pero los dos pensadores franceses sintonizaron con el británico exclusivamente en razón de su ataque a la Revolución Francesa ⁷⁵. Hubo entre éstos y aquél, al mismo tiempo que muchos elementos en común, una separación en aspectos fundamentales.

Burke fue el primero en llevar a cabo una crítica profunda y de conjunto del voluntarismo revolucionario, pero era "whig"; es decir, partidario de las prerrogativas parlamentarias frente a la corona y de la revolución inglesa de 1688. De la revolución de 1789 condenó el intento de cambio total, mostrándose partidario de un cambio limitado y restaurador. Por ello, aun cuando rechazó el individualismo absoluto, el voluntarismo, el racionalismo, los principios abstractos y el espíritu de sistema ⁷⁶, no fue enemigo de todas las reformas (no desechó la posibilidad de que la autoridad estuviera originariamente en el pueblo), ni mucho menos defensor de la vuelta al Antiguo Régimen.

Burke al defender el orden existente, estaba defendiendo el statu quo británico, muy diferente del sistema absolutista al que apelaron los conservadores franceses. Se esforzó en favor

⁷⁵ Nisbet, "Preface", págs. 629-630.

⁷⁶ Se trata de la idea de que los órdenes sociales autogenerados son demasiado complejos (resultado de acciones, reacciones y fenómenos diversos) para poder ser fácilmente dominados por una constitución racionalista y por tanto no son susceptibles de modificarse de forma decisiva.

de la continuidad, pero de una continuidad en movimiento, no congelada: entendió que el statu quo estaba a salvo únicamente por medio de una evolución que tuviese lugar dentro del marco de la tradición. Por tanto, atacó el pensamiento abstracto de los revolucionarios sobre la base de la idoneidad de la prudencia como norma de gobierno (oposición al cambio radical) y de la consideración de que en política es más útil la razón práctica que la razón especulativa. En este sentido, el conservadurismo se erigió sobre la consideración de que había que aceptar que la vida era cambio y la historia proceso, correspondiendo al conservador la función de control del inevitable progreso con el fin de que el cambio sea lento y gradual. Fue de esta manera como se sentaron las bases del conservadurismo moderno, caracterizado por la ocasional adopción de posturas reformistas. Un conservadurismo basado en el convencimiento de la imposibilidad de un estancamiento de la sociedad y en la prevención del cambio radical mediante la aceptación, cuando no la realización, de reformas que neutralicen el riesgo de ruptura radical o revolucionaria con el pasado. Se trata de la aparente paradoja consistente en aceptar el cambio de ciertos aspectos para preservar los elementos fundamentales de la sociedad ⁷⁷.

⁷⁷ Von der Dunk, "Conservatism in the Netherlands", págs. 742-743 (la misma tesis defiende Klaus Epstein en *The Genesis...*). La influencia burkeana en el conservadurismo español y en Cánovas es evidente: a los especialistas no se les ha escapado la percepción del hecho de que el conservadurismo español, como el italiano y el portugués, se situó en la corriente iniciada por el pensamiento contrarrevolucionario británico, y no en la estela de franceses, alemanes y austríacos (véase: Weiss, *Conservatism in Europe...*, pág. 10). Esta influencia se hizo notable en la cuestión de lo que Cánovas denominó la "constitución interna". Burke aceptó que la autoridad original estaba en el pueblo (del que tenía una noción orgánica y jerárquica) y la eventualidad de que el pueblo pudiese manifestarse de nuevo. Pero para él esto (una posible convención inicial) no era lo más importante y lo que en último término daba legitimidad a la constitución vigente. La legitimidad estaba en la "prescripción", es decir, la consolidación de una delegación de poder a los gobernantes debida al paso del tiempo, al arraigo de las sabias costumbres que han terminado por instaurar-

El paradigma burkeano proporcionó al conservadurismo su identidad política, trasmitiéndole la naturaleza propia de un actitud o estilo. Su especificidad no radicó en la fidelidad a un discurso ideológico o a una forma sociopolítica histórica concreta, sino en una actitud reacia al cambio radical y al mismo tiempo abierta al compromiso: al pacto entre principios y realidad, que le eximía de verse atado a un sistema específico o de mostrarse ciegamente fiel a una formulación doctrinal fijada. Esta tradición, en su defensa de las viejas instituciones, proclamó la necesidad de aceptar cierto grado de transformación. Su espíritu consistió en implantar <<una bien entendida libertad burguesa>>. Fue en estos términos de crítica a la revolución sin defender el puro retorno al pasado, como fue cuajando el conservadurismo, que repudiaba el utopismo y se mostró tan contrario de la reacción como del cambio radical. El conservadurismo, en definitiva, no se mostró como una opción necesariamente dicotómica frente al liberalismo. Con excepción de uno de sus componentes (el liberalismo abstracto), el liberalismo mismo puede ser considerado como el principal componente del conservadurismo político ⁷⁸.

Hablando genéricamente, puede señalarse que el conservadurismo fue principalmente, en todo Europa, una contestación aristocrática de la modernidad durante el primer tercio del siglo XIX (cuando estuvo estrechamente atado al contraataque a la Revolución Francesa), conformándose básicamente como contraposición frente al liberalismo. Pero, a partir de 1830, siendo ya

se para mayor ventaja de todos. Para los conservadores, la prescripción determinaba que un régimen, en un país determinado, estuviese adaptado a sus condiciones particulares, recibiendo el asentimiento de la larga duración. De ahí el rechazo a la idea de soberanía popular y el interés por el legado de los antepasados, visto como la ley natural sancionada por la historia. Tomado de: Rials, "La Contrarrevolución", pág. 110.

⁷⁸ Robinson, "Political conservatism...", pág. 566.

definitivo el triunfo de la revolución liberal, se puso de manifiesto que aquél había sido un ropaje temporal en el que no puede verse su esencia. La impronta burkeana (conservadurismo liberal no dogmático) comenzó a mostrar su virtualidad, distanciándose de las actitudes reaccionarias. Comenzó a difundirse y predominar en muchos países de Europa ante la fuerza de los acontecimientos y se fue diferenciando de la tendencia intransigente. Debe insistirse en que la tradición conservadora británica se distinguió por la importancia crucial concedida a la <<circunstancia>>. Ningún "tory" produjo un sistema de ideas abstractas debido a su rechazo por la teorización y al sostenimiento de la acción política en la práctica y en la experiencia: en los hechos, en suma. Y, como manifestó Benjamin Disraeli en 1867, teniendo en cuenta los hechos (el carácter inevitable del progreso), había que concluir que un partido de pura resistencia sería antes o después impotente ante la realidad ⁷⁹.

Las décadas centrales del siglo XIX constituyeron un momento fundamental para la afirmación de la personalidad y la especificidad del conservadurismo político y para su emancipación con relación a algunos de sus iniciales compañeros de viaje. Se puso de manifiesto que su esencia política no era el antiliberalismo reaccionario, sino una actitud pragmática, definiéndose en función de aquello a lo que había que oponerse (todo movimiento que comportase un cambio radical), de acuerdo con las posibilidades y condiciones del contexto y siguiendo las enseñanzas de la historia.

Con los años, los hechos fueron validando la lógica burkeana. La lección proporcionada por la experiencia --la victoria en 1815 de las fuerzas de la reacción no consiguió hacer tabla rasa de los cambios impulsados durante el período

⁷⁹ GILMOUR, Ian: *Inside Righ. A study of conservatism*, Londres, 1977, págs. 109-113, 123.

revolucionario ni detener el avance del liberalismo-- demostró el error de los planteamientos radicales, cuyas promesas se habían quedado huecas, así como la mayor idoneidad de una actitud moderada y acomodaticia. A impulsos de pragmatismo, el conservadurismo comenzó a mostrar claramente sus diferencias con respecto a los reaccionarios, caracterizados por sus posturas ideologizadas y sus actitudes radicales o de lucha. A los conservadores, como a los reaccionarios, les disgustaba crear o que fuesen creados problemas al orden establecido, actuando con la finalidad de que las cosas cambiasen lo menos (o lo más lentamente) que fuese posible. Pero los primeros, aunque nunca aceptaron la revolución cuando fue planteada, sin embargo la aceptaron una vez que resultó implantada, postura que resultó siempre intolerable para los segundos. Hasta entonces, todos ellos habían sido genéricamente conservadores; a partir de aquél momento, unos se mostraron como <<conservadores en movimiento>> y otros como <<conservadores de resistencia>>. La derecha radical, en términos políticos, no es conservadora: el conservador que se comporta como un revolucionario, el que actúa radicalmente para defender la tradición, no es políticamente un conservador, sino un reaccionario o un tradicionalista ⁸⁰.

Así pues, el realismo político fue avanzando entre los conservadores y el conservadurismo, para mantener el statu quo, comenzó a propugnar la posibilidad de entablar compromisos con las fuerzas del cambio (la paradoja burkeana), consciente de que el dualismo maniqueo ya no servía para explicar la realidad. Es preciso señalar, alejándose de la inclinación a la idealización mostrada por cierta historiografía, que el proceso de acomodación a la modernidad del conservadurismo, incluso en el caso que se ha convertido en paradigma de la adaptabilidad (el del Partido Conservador británico), no tuvo lugar ni de manera fácil

⁸⁰ Weber, "Ambiguous Victories", págs. 819-820.

ni de forma natural: los dirigentes y parlamentarios conservadores se mostraron generalmente reacios a aceptar las demandas populares y las reformas. Las posturas acomodaticias no se impusieron fácilmente. Por el contrario, el principal factor que contribuyó a esta transformación fue la derrota política del conservadurismo ante el liberalismo, así como el deseo de retorno al poder, que impelió a los "tories" a tener que aceptar ciertas modificaciones doctrinales. La fuerza de los hechos impulsó una muda de actitud, alejándoles de las visiones negativas del cambio ⁸¹.

Con todo, fuesen cuales fuesen los motivos que impulsaron la muda de actitud, el conservadurismo adquirió de aquella manera un tono gradualista y reformista. Todo pensamiento político parte de un análisis y de una posterior valoración de la realidad política, distinguiendo entre lo que debe preservarse (porque está bien) y lo que debe modificarse (porque está mal). La actitud propia del conservadurismo político ha residido en una aceptación genérica de la realidad existente en la medida en que ha rechazado los planteamientos utópicos y los procedimientos radicales (a lo existente no opondría para sustituirlo nada que concibiese como un modelo ideal) y no en tanto que sacralización de ninguna forma sociopolítica. A partir de cierto momento, el conservadurismo comenzó a dar síntomas de capacidad para admitir el cambio dentro de ciertos límites. Si todo pensamiento político consiste fundamentalmente en un conjunto de principios o normas a seguir ante la cuestión del cambio, entonces lo que ha acabado por definir al conservadurismo es el reformismo, concebido como negación simultánea de la revolución y de la reacción. La respuesta reformista es propia de aquellos que no tienen suficiente fe en la realización de modificaciones

⁸¹ LAYTON-HENRY, Zig: "The Conservative Party", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 13, 4 (1978), págs. 653-654, 667.

y no aprueban los métodos violentos o radicales para conseguir sus objetivos políticos, prefiriendo avanzar paso a paso y moverse dentro de los límites de la legalidad. El conservadurismo se corresponde con ciertas actitudes reformistas ⁸².

Es una cuestión muy controvertida atribuir al conservadurismo una naturaleza reformista, sobre todo teniendo en cuenta que tal argumento ha sido fundamentalmente defendido por historiadores conocidos por sus simpatías conservadoras o incluso por políticos conservadores en activo al mismo tiempo profesionales de las ciencias sociales ⁸³. Por otra parte, tampoco se debe ignorar que la interpretación "liberal" del conservadurismo constituye una corriente historiográfica que surgió y se propagó en unas circunstancias tan específicas como la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial, en la que los medios académicos de todo tipo encontraron difícil celebrar nada del pasado a no ser que pudiese ser perfilado como progresista ⁸⁴.

Hans J. Puhle ⁸⁵ ha hecho un planteamiento diáfano de la cuestión, proporcionando al mismo tiempo una excelente argumentación para diferenciar conservadurismo y derecha. Para saber si el conservadurismo puede ser identificado con la derecha o no, hay que tener en cuenta si, en determinado momento, el conservadurismo, como fuerza política, se suma a una dinámica de polarización en torno a dos campos separados y crecientemente

⁸² Por el contrario, revolucionarios, reaccionarios y radicales tienen en común su fe absoluta en la realización del ideal y están dispuestos a romper con la legalidad. Véase: GARCÍA SAN MIGUEL, Luis: "Sobre la función social del pensamiento político", en *Boletín Informativo de Ciencia Política*, 9 (1972), págs. 47-50.

⁸³ En el caso español, proporcionan claros ejemplos en este sentido las obras ya citadas de José María García Escudero (véase la tesis del reformismo en las págs. 21-22 de *Vista a la derecha...*) y Manuel Fraga (véase *El pensamiento conservador español*).

⁸⁴ Coleman, *Conservatism and the...*, pag. 3.

⁸⁵ Puhle, "Conservatism in Modern German...", págs. 690-693, 706-707.

irreconciliables (alejándose de su condición política propia al tomar rasgos de la derecha radical), o si muestra una tendencia a inclinarse hacia el centro del campo político (forma más acorde con su naturaleza). Cuando se ha dado, la tendencia hacia el centro ha hecho de los conservadores una fuerza liberal y con conciencia social, incorporando elementos del liberalismo y del socialismo. Esta inclinación ha supuesto la adopción por el conservadurismo de procedimientos reformistas. Puhle diferencia entre cuatro actitudes políticas generales:

1.- No cambio (preservación del statu quo).

2.- Cambio gradual por medio de la reforma, con el objetivo de preservar la substancia de lo que hay y de estabilizar lo que está amenazado.

3.- Cambio gradual por medio de la reforma, con el objetivo a largo plazo de producir un cambio fundamental.

4.- Cambio fundamental en todo el sistema.

La primera es característica del conservadurismo. Pero la segunda es también una actitud conservadora, teniendo en cuenta su motivación: el reformismo también puede ser una vía para la conservación (se conserva reformando) y, como modo político, ha constituido en su momento una clara oposición a las posturas radicales y revolucionarias. Se trata de una actitud que es identificada con el centro político.

Ciertamente, los términos centro y reformismo parecen difíciles de atribuir al conservadurismo por formar también parte de la tercera actitud, que se corresponde con las fuerzas políticas progresistas. El problema reside en que centro y reformismo pueden ser conservadores y ser también lo contrario, resultando paradójicamente borrosa la frontera entre conservadurismo y progresismo. La diferenciación es posible analizando los objetivos finales de los reformistas: determinando si pretendieron la preservación/estabilización o el cambio. Asimismo, está

muy extendida en la bibliografía especializada la consideración de que la distinción entre conservadores y progresistas --los "reformadores" por excelencia-- también ha residido en la gradación o alcance del reformismo, correspondiendo a los primeros uno más cauto y moderado ⁸⁶.

En todo caso, la definición genérica de conservadurismo -- el conjunto de ideas, organizaciones, grupos y medios sociales que comparten la asunción de que la conservación de lo que existe es más importante que su cambio-- es compatible con la primera actitud reformista del esquema aludido. De ahí que Puhle hable de "conservadores (liberales)" y los diferencie del "conservadurismo tradicional". Añadiendo que aquellos conservadores que abogaron por un retorno sustancial al pasado y se opusieron a un cambio gradual, no deben ser descritos como conservadores, sino como "restauracionistas" o "reaccionarios". Por lo que al conservadurismo se refiere, es preciso asimismo indicar que, si bien la actitud reformista forma parte de su acervo, no se ha convertido de forma general en la actitud predominante de esta corriente. El conservadurismo reformista ha jugado su rol más destacado en Gran Bretaña; pero, incluso en este país, en la práctica siempre ha resultado difícil la distinción entre un

⁸⁶ Von der Dunk, "Conservatism in the Netherlands", pág. 741. Este especialista en el tema (es autor de *Conservatisme*, Bussum, 1976) sugiere también, al hacer referencia a la gradación de las actitudes reformistas, que la consideración como progresista o conservadora de una actitud reformista en un momento y una sociedad dadas, depende de la existencia de más de una opción de este tipo. Así, el reformismo, aun cauto y moderado, tendrá una dimensión progresista cuando sea la única versión de reformismo --y exista una derecha radical o un conservadurismo de "statu quo"--, pasando a tener un carácter conservador cuando en esa misma sociedad exista una opción más radical. En este sentido, y como consideración metodológica, parece aconsejable cotejar las ofertas reformistas de las diversas fuerzas concurrentes en un sistema más allá de sus etiquetas políticas, puesto que es posible que algunos partidos conservadores asuman modificaciones similares e incluso más profundas, en ciertos aspectos, que las de las fuerzas nominalmente progresistas. El reformismo conservador, por muy moderado que sea, puede aparecer como una traición a los principios conservadores y ser reprobado por las clases conservadoras.

conservadurismo de *statu quo* (éste constituyó la primera versión del constitucionalismo liberal clásico ⁸⁷) y el aperturista ⁸⁸; ha habido un considerable solapamiento entre ambos teniendo en cuenta la dificultad de evaluar lo que en cada circunstancia es posible hacer ⁸⁹. El conservadurismo ha oscilado a partir de entonces entre esos dos polos.

Para Puhle, en el caso del universo conservador, es fundamental tener en consideración si los partidos han mostrado capacidad para el compromiso. Si no ha sido así, entonces se ha tratado básicamente de partidos de la extrema derecha. Por el contrario, la inclinación al reformismo moderado ha constituido la "esencia de la comprensión apropiada de lo que es el conservadurismo: reformismo concebido con un medio a largo plazo de preservar el sistema existente". El conservadurismo, por el hecho de integrarse en el arco liberal, no ha sido por ello una fuerza progresista (si bien el conservadurismo puede ser reformista, no todo reformista es conservador), como algunos han pretendido o sugerido; pero sí, en términos políticos, una opción distinta de las corrientes reaccionarias o radicales de la derecha.

Así pues, es fundamental tener en cuenta, para entender el

⁸⁷ La defensa del *statu quo* no se aplicó, a partir de la tercera década del siglo XIX, en favor de los mismos sistemas sociopolíticos de referencia del primer conservadurismo. En 1815, la restauración de las condiciones predominantes antes de 1789 pudo aparecer realizable a muchos conservadores. Pero no después de las revoluciones de 1830 y 1848. La generación que accedió a la primera fila de la vida pública entonces había sido formada en la Europa post-napoleónica, habiendo asumido por ello ciertas costumbres innovadoras y por ende, en la medida en que mostraron actitudes conservadoras, abrazando una forma diferente de conservadurismo. Como ha escrito Hermann von der Dunk, "hasta el más ardiente conservador es también un producto de su época, y su concepción del pasado estará siempre mezclada con elementos contemporáneos". En: Von der Dunk, "Conservatism in the Netherlands", pág. 743.

⁸⁸ De acuerdo con la ya citada taxonomía de Epstein, *The Genesis...*, págs. 12 y ss.

⁸⁹ Von der Dunk, "Conservatism in the Netherlands", pág. 743.

devenir del conservadurismo y aprehender su naturaleza, que hubo un momento en que en su seno comenzó a perder predicamento la defensa a ultranza del sistema tradicional. Entre los dirigentes de los partidos comenzaron a abundar quienes se preguntaban qué tipo de concesiones debían hacer a los nuevos movimientos para conservar la mayor parte posible de lo existente. Comenzó a verse a Burke y a Peel (jefe del conservadurismo británico durante el segundo tercio del siglo XIX) como adelantados de las posiciones posibilistas y reformistas y el conservadurismo empezó a abrazar la bandera de la libertad burguesa. El caso más descollante de este giro lo constituye la difusión en Francia de una alternativa conservadora liberal: el doctrinarismo.

Se conformó una escuela conservadora-liberal que buscó un principio de orden dentro de las instituciones de la nueva sociedad. El aspecto en el que centraron su atención fue el imperio de la ley, no la unidad espiritual. Pensadores como Benjamin Constant y Alexis de Tocqueville fueron conservadores por su escepticismo acerca del futuro de la democracia y por su rechazo del ideal de progreso; pero fueron conservadores liberales, pues aceptaron buena parte de lo que los cambios revolucionarios trajeron consigo. Constant, atemorizado por las tendencias uniformizadoras de la sociedad de masas, tendió diques al avance del mundo moderno acudiendo a la protección de la libertad contra las presiones igualitaristas inherentes a la nueva sociedad. Lo mismo puede decirse de los doctrinarios (Jordan, Guizot, Royer-Collard) que se distinguieron por su voluntad de conseguir la estabilización de la sociedad burguesa,

mostrándose hostiles al espíritu contrarrevolucionario ⁹⁰.

Se trató en muchas ocasiones de liberales que conservadurizaron sus posturas ante la aprensión que les causaron los desórdenes que presenciaron en julio y agosto de 1830. Aquí residió el auténtico ideal conservador: orden y límites al proceso de cambio sin los que ese orden no puede ser preservado; un sentido de lo posible y de la medida (defender la libertad del poder absoluto y el orden del espíritu revolucionario). Es decir: el <<juste milieu>>. Finalmente, la aceptación de la Historia: cuando la revolución ha terminado, nuevos derechos e intereses han sido asimilados y ya no se puede seguir negando el cambio. Luego el conservador no niega el cambio, siempre y cuando éste no sea demasiado dramático o rupturista ⁹¹.

El conservadurismo se ha mostrado como una singular forma de resistencia al cambio: rechaza el cambio planificado, pero asume los cambios que se convierten en parte del sistema establecido. Propio de esta corriente ha sido no negar todo tipo de cambio, sino resistirse a él durante un tiempo con el argumento de que las reformas deben reconciliarse con las tradiciones y hábitos sociales, cesando en la resistencia cuando la evolución ha tenido lugar. Los reformistas satisfechos se hacen conservadores una vez conseguidos sus fines, dando a éste un tono caracterizado por la moderación. Finalmente, se consumó la aparente contradicción de que los conservadores, que habían nacido como oposición al racionalismo ilustrado y que

⁹⁰ O'Sullivan, *Conservatism*, págs. 42-53; RAYNAUD, Philippe: "El liberalismo francés en la prueba del poder", págs. 133-136 y LAMBERTI, Jean Claude: "Tocqueville", págs. 138-143, ambos artículos en en ORY, Pascal (dir.), *Nueva historia de las ideas políticas*, Madrid, 1992. José María Alsina es tajante al afirmar, siguiendo los testimonios de la época, y a propósito de la monarquía orleanista implantada en 1830, que "gran parte del partido liberal (es decir: los doctrinarios) veía aquel cambio político desde la perspectiva de la revolución inglesa de 1688". En: Alsina, *El tradicionalismo filosófico...*, pág. 43.

⁹¹ Weber, "Ambiguous Victories", págs. 819-820.

tendieron a despreciar la razón como artificial y engañosa, terminasen por defender el sistema liberal, que estaba fundado sobre las reformas, revoluciones y constituciones inspiradas por la razón y por la tradición ilustrada ⁹².

Aunque el conservadurismo político no ha abandonado su concurrencia a la vida pública en contraposición a las fuerzas liberales, esta contraposición ha tenido, a medida que ha pasado el tiempo, una naturaleza cada vez más retórica y verbal, viniendo impuesta en gran medida por las características de los sistemas políticos, fundados en la existencia de un antagonismo entre derechas e izquierdas, moderados y progresistas, conservadores y liberales. En realidad, la diferencia entre conservadores y liberales se ha ido haciendo borrosa, hasta desaparecer ya en el siglo XX. El conservadurismo, sociológica e ideológicamente, se ha aburguesado de forma creciente, apartándose de su aristocrátismo inicial y contagiándose de la orientación ideológica general del siglo. El conservadurismo ha ido manifestándose como una corriente no sólo no opuesta al cambio como tal, sino también como partidaria de ciertas transformaciones. Así, ha acabado por ser una fuerza liberal, partidaria de las reformas graduales. Es decir: siempre temerosa de la "República" que comporta la revolución, la anarquía o la destrucción, pero al mismo tiempo confiada en la "República" que ampara el progreso y la libertad burguesa ⁹³.

⁹² Weber, "The Righth...", págs. 16, 18-19.

⁹³ Von Beyme, "El conservadurismo", págs. 8-13; Von der Dunk, "Conservatism in the Netherlands", pág. 743; Weber, "Ambiguous Victories", págs. 820-821.

II.2 Las características del conservadurismo clásico

El conservadurismo político ha tenido como principal antecedente a la tradición británica ⁹⁴, distinguida por la inclinación al compromiso, el pragmatismo y la capacidad de adaptación. El caso británico se caracterizó por una evolución sin rupturas institucionales duraderas. Este conservadurismo estuvo asociado a la defensa de una concepción social aristocrático-elitista y mostró fidelidad a las tradiciones y costumbres establecidas por la historia. Pero, sin embargo, fue alérgico al dogmatismo ideológico y dejó un gran margen para la interpretación a la hora de la acción política, siendo mucho menos intransigente que el francés y ligándose políticamente al universo liberal.

La tradición conservadora británica, en su defensa del statu quo, se mostró evolucionista y no enemiga de la transformación de las instituciones, poniendo como condición para aceptar el cambio que ocurriese sin violencia, sin una ruptura absoluta con la tradición y con un ritmo lento. Los conservadores hicieron gala, como tendencia más marcada, de una predisposición al compromiso. Esta postura reacia a la sistematización en un cuerpo rígido de ideas, lo llevó, en su devenir a lo largo del siglo XIX, a modificar sus manifestaciones doctrinales, acercándose progresivamente al liberalismo (terminó por adquirir la condición de fuerza defensora del parlamentarismo), ideología con la que se fue hermanando durante el siglo XIX y acabó por confundirse durante el XX. El conservadurismo clásico fue fiel a la actitud conservadora: a esa disposición primordial a mantener las cosas tal cual son, a considerar que es más importante la conservación de lo que existe que su modificación. Pero se materializó "cediendo a las presiones del cambio cuando era

⁹⁴ Así lo afirman Funderburk y Thobaben en *Political ideologies...*, pág. 124.

mejor la negociación que el uso de la fuerza" ⁹⁵.

Resulta difícil establecer los conceptos claves del conservadurismo clásico, que son vagos y han tenido que ser desarrollados programáticamente en cada circunstancia. Dentro del conservadurismo, como mucho se puede llegar a establecer un conjunto más o menos reconocible de principios organizadores de su pensamiento. Entre otros, la consideración de la existencia de un orden moral sancionado y sostenido por la religión organizada dominante en cada país. Los conservadores han concedido siempre un rol fundamental a la religión para la existencia de la sociedad, ocupando aquélla un lugar de primer orden en la cosmovisión conservadora. En parte, se trata de una actitud providencialista. En parte, del aspecto institucional de la religión y su carácter instrumental para la afirmación del orden tradicional y la justificación de la estratificación social.

Para los conservadores, la estabilidad --que deriva del respeto a las instituciones, especialmente la iglesia y el Estado-- ha sido el principio fundamental y la autoridad su principal medio, constituyendo ambas (estabilidad y autoridad) los elementos claves de una libertad ordenada. De las dos instituciones fundamentales, el Estado ha sido visto como la más significativa, otorgándosele el monopolio del uso legítimo de la fuerza para mantener el orden y proteger los derechos y libertades de la comunidad y de los individuos. La autoridad es uno de los conceptos centrales del conservadurismo: en su visión de la libertad, ha sido prioritario el orden: la existencia de medios de restricción de las pasiones humanas. Es por ello que han gustado tanto de la preservación de las instituciones y códigos sociales consuetudinarios, así como de las religiones estatuidas, en donde han visto murallas de autoridad.

⁹⁵ Beneton, *Le conservatisme*, págs. 67-68; Giner, *Historia del pensamiento...*, págs. 398-400, 412-413.

Otro principio ha sido la apreciación como natural de la desigualdad de los hombres, lo que les ha llevado a considerar necesaria e inevitable la existencia de clases u órdenes, a valorar en general como una necedad las medidas igualitaristas y a justificar la existencia de una aristocracia natural de gobernantes basada en la virtud y en el talento. Para los conservadores, la diferenciación social y la jerarquía han sido tan vitales para el orden como para la libertad, existiendo una incompatibilidad inherente entre libertad e igualdad: los esfuerzos por compensar, mediante la ley o la acción gubernamental, la diversidad de capacidades de los individuos, suponen una mutilación de las libertades de los afectados o la implantación de una tiranía de las mayorías sobre las élites, que son las instancias sociales creativas. Los conservadores proclamaron la tiranía potencial del gobierno de la mayoría, proponiendo la limitación del poder político.

En suma, tuvieron una visión positiva de la desigualdad, concibiendo la sociedad como un bien superior al individuo y dotado de una estructura de mando claramente jerarquizada. Reconocieron la existencia de divisiones dentro del cuerpo social, viéndolas como un aspecto integral de la misma. Mientras que para la izquierda las clases son la fuerza principal de la historia, para los conservadores ese papel lo cumple la nación. El conservadurismo ha visto a la sociedad en su conjunto como una entidad orgánica, caracterizada por la unidad y la continuidad. La unidad de la sociedad descansa en una comunidad de intereses, de ahí su inclinación al patriotismo, al nacionalismo (la idea de unidad nacional) y a la noción de armonía social.

Los conservadores también exhibieron un tenaz desvelo por la propiedad, "su preocupación más obsesiva y duradera". La propiedad fue concebida como la principal muestra de la superioridad de la organización humana sobre el mundo natural.

A la propiedad privada le otorgaron un valor moral además de económico, asignándole un papel fundamental en la afirmación y defensa de la libertad individual (la propiedad privada como sostén de la libertad civil) y del orden social; enfatizaron más las responsabilidades civiles que los derechos personales, propugnando el disfrute de los derechos en el contexto de las responsabilidades. De ahí su consideración de la garantización de la propiedad como esencia del buen gobierno.

Asímismo, manifestaron su incertidumbre-hacia el progreso, planteando como respuesta alternativa la "prescripción", método esencial para el avance de las sociedades. El conservadurismo ha atribuido a la razón humana un alcance limitado y ha conferido mucha importancia a los prejuicios y a las tradiciones: las instituciones, los símbolos, los rituales. Nunca se apartaron de la preferencia por las cosas que ya han crecido y existen (lo familiar) frente a las que tienen que ser hechas (lo desconocido), rechazando la destrucción porque sí de los viejos esquemas. La defensa de lo tradicional se ha fundado en considerar que no importa lo obsoleto que sea cualquier "modus vivendi", puesto que en él puede haber una función continua de la que el hombre se beneficia y que está legitimada por haber superado la dura prueba de la selección histórica. Los conservadores justificaron la desigualdad; de ahí la enfatización de la importancia de la disciplina social, cuya posible ruptura es un temor constante de la política conservadora, en permanente compromiso con la causa del orden, con la estabilidad ⁹⁶.

⁹⁶ Layton-Henry, "Conservatism...", págs. 3-4; Gilmour, *Inside righth...*, págs. 110-111; Eccleshall, "Conservatism", págs. 90-96; Funderbunk y Thobaben, *Political Ideologies...*, págs. 122-129; Goodwin, *El uso de...*, págs. 182-185; O'Gorman, *British conservatism...*, págs. 5-9; Nisbet, *Conservatism...*, págs. 21-72; Von Beyme, "El conservadurismo", págs. 19-23; BENNET, R., KING, R., NUGENT, N.: "Introduction: the concept of the Righth", en NUGENT, Neill y KING, Robert, *The British Righth. Conservative and righth wing politics in Britain*, Westmead, 1977, págs. 3-10.

Estos principios se han correspondido con algunas inclinaciones políticas, inclinaciones que obedecieron al intento por establecer el lugar apropiado a los individuos bajo un sistema de autoridad y ante el fenómeno del cambio social, económico y político experimentado por las sociedades europeas desde finales del siglo XVIII en adelante. El conservadurismo se conformó como respuesta ante la alarma creada por el proceso revolucionario, procediendo a afrontar el desafío al viejo orden mediante la preservación de la mayor parte posible del mismo y la ralentización y moderación de las transformaciones. Es decir: la aceptación de algunos cambios en el presente poniendo cuidado en la conservación de lo mejor del legado de la historia. Así, se mostró a favor de la libertad individual, del gobierno de la ley y del sistema constitucional ⁹⁷.

El constitucionalismo conservador fue tradicionalista en tanto que inclinado al reconocimiento de las instituciones históricas que hubiesen cumplido una función vital de continuidad y cuya ruptura augurase males para la comunidad. Por ello, mostró una prevención general frente a las propuestas de base racionalista que caracterizaron a los liberales; en general, frente a todas las utopías políticas, prefiriendo abrazar todo aquello cuya utilidad general viniera sancionada por la experiencia.

Los conservadores no rechazaron la libertad como principio de la vida de los pueblos, pero sólo entendieron la libertad conectada con el orden. Por tanto, su política mostró un permanente celo por la afirmación de la autoridad de las instituciones. Consideraron la paz social como bien superior que tenía que ser sistemática y rápidamente restaurado cuando era puesto en entredicho, no dudando en suspender las libertades individuales y en utilizar todos los medios a su alcance para

⁹⁷ Ingle, *The British Party...*, pág. 27.

restablecer la disciplina y el orden público: se trataba de guardar intacto el principio de autoridad.

No obstante mantener atada la libertad al principio de autoridad, el ejercicio del poder se caracterizó por la inclinación al "laissez-faire", al considerar (criterio de la "prescripción") que desde arriba se podía orientar, pero no organizar toda la vida social, reconociéndose a cada instancia su propio ámbito de acción y la limitación del poder gubernamental. Los conservadores hicieron una distinción general entre sociedad y Estado, con la primera convertida en fuente de un tipo de autoridad diferente del poder político. Se trata de un planteamiento que se opone tanto a la teoría monística de la soberanía política, como al uso jacobino del poder político. La orientación conservadora en el ejercicio del gobierno destacó por el mantenimiento del ámbito político tan lejos como fuese posible de ejercer una interposición excesiva en los asuntos económicos, sociales y morales, permitiendo desempeñar un papel importante a las organizaciones intermedias. Esto se tradujo en un reconocimiento de la funcionalidad de los poderes locales constituidos, consistiendo la tarea del gobierno en un ejercicio de coordinación y vigilancia.

El "laissez-faire" de los conservadores en el ejercicio de gobierno supuso una prevención general contra el intervencionismo, pero no se trató de una identificación con el inhibicionismo del liberalismo manchesteriano: los conservadores no creyeron en la armonía espontánea de la vida social, admitiendo la necesidad de un Estado con poder para coordinar, corregir y completar la acción de las fuerzas sociales; y, sobre todo, con capacidad para imponer el respeto a los valores esenciales de la convivencia. El conservadurismo defendió una noción de Estado fuerte en vez de grande --es decir, no muy extenso en sus atribuciones, pero intenso en el ejercicio de las que le

correspondiesen-- y no fue partidario de un gobierno central débil. Lejos de ello, hizo una diferenciación entre gobierno y administración. El gobierno debía ser fuerte y unificado; la administración podía ser descentralizada y localizada. No vieron conflicto entre un poder político fuerte y el reconocimiento de la autonomía de las esferas sociales. La simbiosis de ambos planteamientos llevó a una forma de despotismo --los conservadores repudiaron el imperio de las masas en tanto que agregado de individuos, viendo un demonio en el sistema plebiscitario--, acorde con su visión del orden social.

La repugnancia por el totalitarismo en la función gubernamental fue coherente con el rechazo a las políticas igualitaristas, con la escasa fe en el progreso y con la visión pesimista de la naturaleza humana. En este sentido, hay que incidir en que, en el universo conservador, el lugar de la política fue uno bastante restringido, no concediéndolo una excepcional importancia en los acontecimientos humanos. Aunque los conservadores se mostraron preocupados por las soluciones políticas y se comprometieron con el poder del Estado, se mostraron más inclinados a preservar la esfera no-política, privada y personal, que a potenciar los poderes públicos, teniendo en cuenta que, para ellos, algunos de los mayores desastres de la historia se habían debido al intento de llevar a cabo los ideales abstractos por medio de la autoridad política.

No obstante esta tendencia a concebir la obra de gobierno más como gestión de lo real que como transformación de lo existente, los conservadores evidenciaron cierto espíritu de justicia social, reconociendo la capacidad de la ley para nivelar las sociedades en circunstancias de profundo desequilibrio y, así, fortalecer los regímenes existentes o debilitar a los enemigos políticos. Frente a los problemas creados por las diferencias sociales (la miseria, la indigencia), los conserva-

dores no fueron partidarios de la indiferencia, si bien consideraron durante mucho tiempo que la respuesta adecuada consistía en una acción caritativo-paternalista que no debía proceder ni de medios gubernamentales ni otras instancias burocráticas ⁹⁸.

En cualquier caso, todos estos elementos distaron de constituir una "esencia". Por el contrario, los conceptos claves fueron objeto de un desarrollo programático concreto en función de las circunstancias, mostrándose en la práctica la no existencia de una relación simple o unidireccional entre-pensamiento y ejercicio conservador de la política. Las reticencias hacia el cambio, el rechazo del racionalismo, la visión pesimista de la naturaleza humana y la concepción del gobierno como una institución limitada, es decir, las actitudes y valores conservadores, tuvieron como única expresión doctrinal permanente la desconfianza hacia las diversas teorías abstractas racionalistas. El conservadurismo mostró una llamativa flexibilidad en su intento por preservar el statu quo y frenar el avance de las utopías. Se movió siguiendo el ritmo de las cambiantes circunstancias y, en definitiva, evolucionó, hasta acabar pareciéndose muy poco el conservadurismo del primer tercio del siglo XX al de mediados del siglo anterior. El conservadurismo, en suma, no es susceptible, en términos políticos, de una aproximación simplista ⁹⁹.

⁹⁸ O'Gorman, *British conservatism...*, pág. 4; Nisbet, *Conservatism...*, págs. 14, 21, 27, 33-53; García Escudero, *Vista a la derecha...*, págs. 14-16; Nisbet, "Preface", págs. 631-632.

⁹⁹ La práctica política de los conservadores no se divorció completamente de sus principios y creencias, pero, ante la creciente complejidad de los problemas que atravesaron las naciones europeas --y la disposición doctrinal conservadora en función de los problemas--, se constató la inexistencia de una línea clara de articulación de los principios en los detalles de la acción política. Esto llevó a un alejamiento creciente con respecto a las posiciones doctrinales iniciales. Véase: BENNET, R. J.: "The conservative tradition of thought: a right wing phenomenon?", en NUGENT, Neill y KING, Robert, *The British Right. Conservative and right wing politics in Britain*, Westmead, 1977, págs. 11-25.

Entre los conservadores, como entre los otros participantes en la vida política, las ideas y los principios fueron materia primaria. Pero las ideas no constituyeron la parte esencial de la política, viniendo determinadas la toma de decisiones y el establecimiento de prioridades, más que nada, por condiciones coyunturales: por la naturaleza, en cada momento, del antagonista y del desafío al orden existente. La disposición y la índole política del conservadurismo han sido cambiantes, así como la índole social de sus seguidores. El conservadurismo ha mantenido los instintos y sentimientos de siempre pero, sin renunciar al culto a ciertos "totems" (en el continente europeo la inclinación ha sido más intelectual y doctrinal que en Gran Bretaña), se ha mostrado ante todo como el destilado --en un proceso no exento de resistencias, tensiones y dudas-- de una tradición de moderación, ductilidad y pragmatismo ¹⁰⁰.

Lo característico del devenir del conservadurismo ha sido su parcial, pero también progresiva, impregnación de los principios doctrinales y las propuestas políticas de las corrientes contra las que se proyectó como antagonista (primeramente, del liberalismo; después, de la democracia y del socialismo), método que parece haber sido seguido como la mejor forma de combatir las presiones para la transformación radical de los sistemas. El hecho de que el conservadurismo sea una "ideología de respuesta" ha sido tanto clave de su éxito como fuente de dificultades. En principio, tal propensión le ha llevado a un estado de indefinición que le ha creado problemas de identidad: en su evolución, han ido modificándose muchas cosas, lo que ha constituido una fuente de problemas para su autorreconocimiento.

Pero la tensión entre cambio y estabilidad --entre qué y cuánto cambiar y qué y cuánto mantener-- a la que se ha visto

¹⁰⁰ NORTON, Philip y AUGHEY, Arthur: *Conservatives and Conservatism*, Londres, 1981, págs. 15-28; O'Gorman, *British conservatism...*, pág. XII.

sometido, ha constituido también la columna vertebral de su evolución y la base de su supervivencia. El conservadurismo, singularizado por una práctica política alejada de planteamientos dogmáticos y basada en un espíritu de compromiso, ha mostrado una excepcional capacidad de acomodación a las circunstancias, llegando al siglo XX como una fuerza teñida ampliamente de liberalismo y parcialmente de colectivismo. En suma, caracterizándose por constituir una fuerza política de centro e inclinándose en favor de respuestas reformistas facilitadoras de transiciones paulatinas. Los partidos conservadores que han perdurado lo han hecho aprendiendo a vivir en los sistemas reformados, incluso introduciendo ellos mismos algunas reformas. El conservadurismo moderno ha terminado por constituir una opción doctrinal y políticamente muy distinta de la respuesta aristocrática de los primeros momentos ¹⁰¹.

II.3 La transformación del conservadurismo político (I): de la nostalgia tradicionalista al reformismo. El conservadurismo liberal

La historia del conservadurismo constituye un caso de estricta matriz darwiniana: la adaptación como forma de supervivencia. De forma distinta a otras ideologías, el conservadurismo no buscó el desarrollo de programas rígidamente adheridos a los principios básicos. La filosofía general propocionó referentes dentro de los que operar más que principios concebidos como fines a cumplir. Por otra parte, las propuestas prácticas, que fueron apareciendo como respuesta a circunstancias concretas, se conformaron como réplicas específicas a problemas precisos, sin mostrarse articuladas en un conjunto abstracto ni ser

¹⁰¹ Ingle, *The British Party...*, págs. 29-33.

resultantes de una actuación deliberadamente premeditada ¹⁰².

El conservadurismo, cual si de un ajedrecista (jugando con las fichas negras contra las fuerzas del cambio) se tratase, ha ido moviendo sus baluartes en el tablero de la política para mantener protegido al rey; para conseguirlo, ha ido acometiendo sucesivas alteraciones tácticas en función de los movimientos de su adversario y esto le ha llevado tanto a ir renunciando a buena parte de sus piezas (sus compañeros de lucha iniciales) como a presentar posiciones muy alejadas de la disposición inicial, todo con tal de conseguir unas tablas dignas. El conservadurismo, que ha jugado no a ganar, sino a no perder, ha ido cambiando con el paso del tiempo y ha dejado de mostrarse como enemigo de los cambios, diferenciándose de las actitudes reaccionarias por su inclinación a un realismo político contrario al sectarismo y al doctrinarismo ideológico ¹⁰³.

El mundo conservador ha oscilado siempre entre la defensa del statu quo y el apoyo al cambio moderado. Pero la reluctancia a articular su filosofía básica de una forma sistemática --el conservadurismo ha carecido de programa específico común, tanto como de ideología-- y la creencia de que la circunstancia histórica debe ser el principal condicionante de la acción política, han hecho de él una corriente altamente permeable al contagio doctrinal y le han llevado, en términos político-ideológicos, a evolucionar, alejándose, en definitiva, del espíritu inicial de oposición al cambio.

A partir de cierto momento comenzaron a predominar visiones del cambio como algo que había que hacer compatible con el orden existente y el conservadurismo fue transformándose siguiendo las modificaciones del contexto. Como ha escrito Von Beyme, "la

¹⁰² PEARSON, Robert y WILLIAMS, Geraint: *Political tough and public policy in the nineteenth century. An introduction*, Londres, 1984, pág. 80.

¹⁰³ Giner, *Historia del pensamiento...*, págs. 412-413.

programática conservadora está sometida a cambios más profundos que las doctrinas de otros grupos políticos". El conservadurismo se limita a afirmar lo que quiere conservar, eligiendo "ad hoc" el procedimiento a seguir. El conservadurismo ha sido todo menos una escuela monolítica y se ha manifestado como una corriente de naturaleza camaleónica y transformista, lo que le ha llevado a abrazar políticas otrora rechazadas y combatidas. En suma, evolucionó experimentando un excepcional fenómeno de metamorfosis política ¹⁰⁴.

Fue entre 1830 y 1850 cuando las nuevas condiciones sociales (el industrialismo y el urbanismo estaban transformando Europa) forzaron al grueso del conservadurismo a romper con las inclinaciones de los ultras y las posturas políticas de los hombres y fuerzas comprometidas con el orden reinstaurado en 1815 en Viena. Los conservadores más lúcidos fueron conscientes de que no se podía proscribir un cambio que resultaba imparable. Durante las décadas centrales del siglo pasado, se hizo evidente la progresiva consolidación de las revoluciones liberales: el liberalismo dominaba cada vez más en las instituciones representativas, mientras un proletariado creciente daba poder al sindicalismo y al socialismo. Muchos creyeron que todo aquello significaba la muerte de la causa conservadora; algunos reaccionaron ante tal decadencia ¹⁰⁵.

Las circunstancias pusieron a prueba al conservadurismo, que sacó a relucir entonces su especial capacidad para abandonar sus posiciones doctrinales de partida, evitando quedar desfasado. El conservadurismo cambió sus objetivos (pasó a conformarse con resistir más que triunfar) y fue pasando de la contestación a lo moderno, a la aceptación de algunos compromisos: frente a

¹⁰⁴ *Ibidem*; Bennet, King y Nugent, "Introduction: the concept...", págs. 3-10; Von Beyme, "El conservadurismo", pág. 23.

¹⁰⁵ Weiss, *Conservatism in Europe...*, pág. 72 y ss.

la revolución, ante la inutilidad de la reacción, optó por la vía intermedia de la evolución. Al ir viendo cómo se hundían los sistemas políticos y constitucionales que defendía, y ante la presión de sus contendientes, adoptó nuevos elementos programáticos que compatibilizaban las modificaciones de la realidad con la preservación de la tradición nacional que pretendían encarnar. Conscientes de que ya no se trataba de un todo o nada, los conservadores comenzaron a preguntarse qué tipo de concesiones debían hacer para conservar la mayor parte posible o lo mejor de la tradición ¹⁰⁶.

El conservadurismo comenzó a desprenderse de su condición de ideología de la negación de la modernidad y a mostrarse como una corriente realista, pragmática y posibilista. Siguiendo el ejemplo de Burke (prototipo de conservador liberal, o de liberal que deviene conservador por el rechazo al cambio revolucionario), el conservadurismo se fue anclando en la política de lo posible y terminó por identificarse con la certeza de que, ante lo inevitable de los cambios --desconfiaban de la intromisión de la mano del hombre en el curso de las sociedades siguiendo teorías racionalistas, pero aceptaban la evolución espontánea de la sociedad--, la postura más acertada consistía en interve-

¹⁰⁶ Aunque el hilo conductor de la exposición lo proporciona el caso británico, hay que señalar que, aun con sustanciales diferencias de tipo ideológico, el mismo fenómeno tuvo lugar en el conservadurismo del continente europeo, destacando en este sentido el alemán Bismarck, quien, más reticente que sus homólogos británicos hacia el liberalismo, no obstante siguió la misma estrategia de supervivencia del conservadurismo mediante la incorporación de buena parte de los principios programáticos y las bases socioeconómicas del liberalismo. Véase: Weiss, *Conservatism in Europe...*, págs. 73-84. Por otra parte, el fracaso político último del primer conservadurismo francés debe ser relacionado con su menor capacidad adaptativa y, por tanto, con el predominio de actitudes férreamente inmovilistas y dogmáticas --en su caso, el rechazo visceral a la república-- . Hasta el punto de que el papel del conservadurismo moderno acabó por ser realizado por los republicanos moderados, partidarios, una vez culminada la secularizante revolución liberal gala, de un reformismo gradualista planteado en función de las circunstancias. Véase: ANDERSON, Malcolm: *Política conservadora en Francia*, Madrid, 1979, págs. 45-73.

nir para controlar y ralentizar las transformaciones: la lentitud y la moderación del cambio fueron vistos como los medios más adecuados para la conservación de lo existente. Los conservadores comenzaron a contentarse con impedir la realización de cambios bruscos de sistema ¹⁰⁷.

El aspecto más trascendental de este cambio de orientación fue que el intento conservador de compaginación entre tradición y transformación --la tensión entre preservación y cambio ha ido conformando al conservadurismo moderno-- se saldó con una progresiva aproximación doctrinal al liberalismo, con el que terminó por confundirse en su devenir ¹⁰⁸.

Para reconciliarse con la realidad, los conservadores esgrimieron una "teoría del balance" que les llevó a materializar su desconfianza hacia las sucesivas doctrinas revolucionarias --primero el liberalismo, después el socialismo-- mediante el paradójico procedimiento de adoptar aspectos fundamentales de ambas. Así, pasaron en primer lugar a autodenominarse "liberal-conservadores", evitando ser apostrofados de reaccionarios. Se trató de un fenómeno europeo --fueron ejemplos de esta decantación los conservadores británicos ya desde la época de la jefatura de Peel; Guizot y Royer-Collard dentro del doctrinarismo francés; Depretis y la "destra histórica" en la Italia posterior a Cavour; Cánovas y su partido conservador restauracionista en España; hasta cierto punto Bismarck en Alemania--, que supuso un desplazamiento del conservadurismo desde la derecha del panorama político a posiciones de centro y que culminó en su ubicación como fuerza defensora del sistema

¹⁰⁷ KIRK, R.: *The Conservative Mind. From Burke to Elliott*, Chicago, 1973, pág. 7.

¹⁰⁸ El pensamiento liberal comenzó a partir de 1830 a desarrollarse también dentro de los partidos conservadores. Véase: SOUBBOTNIK, Michael A.: "El Reino Unido, conservatorio del liberalismo", en ORY, Pascal (dir.), *Nueva historia de las ideas políticas*, Madrid, 1992, pág. 125.

liberal frente a desafíos ulteriores. Y que se tradujo en un ensanchamiento de sus bases sociales. Los partidos conservadores dejaron de representar fundamentalmente a la aristocracia terrateniente, extendiendo su influencia tanto a las burguesías y las clases medias en general, como a los grupos ligados al mundo urbano, a la industrialización y al capitalismo más avanzado ¹⁰⁹.

Esta creciente impregnación de los partidos conservadores con las propuestas de las fuerzas situadas a su izquierda en el espectro político, constituyó en todo momento una dura prueba para la credibilidad y plausibilidad social del conservadurismo, que desde ese momento se vio sometido al riesgo de caer hecho añicos, dadas las dificultades para convencer a los sectores sociales conservadores de la conveniencia de llegar a acuerdos con las nuevas fuerzas y de vivir en los sistemas reformados. En un mundo crecientemente complejo, las fuerzas políticas y los discursos ideológicos sólo han sido factibles en relación con las necesidades y demandas concretas de los grupos sociales y, en este sentido, el conservadurismo, teniendo en cuenta su dimensión social fundamental, tuvo que mostrar una predisposición a tomar ciertas decisiones antes que otras. No obstante, no dejó de causar sensaciones de perplejidad entre sus propios seguidores. A pesar de las dificultades que esto trajo consigo, el conservadurismo, dentro del balance entre estabilidad y cambio, fue oscilando cada vez más en favor del segundo, lo que puso de manifiesto adoptando desde el gobierno iniciativas reformistas. En este sentido, la obra desarrollada por Benjamin Disraeli al frente del Partido Conservador del Reino Unido resultó simbólica y, en muchos sentidos, marcó un antes y un después en el conservadurismo occidental: la presentación y aprobación en 1867 de la Second Reform Act tuvo como gran efecto mostrar que los conservadores se podían acomodar competentemente

¹⁰⁹ Bennet, "The conservative tradition...", pág. 16.

a las demandas de la modernidad, promoviendo todo tipo de reformas y absorbiendo muchas de las creencias de la ideología del progreso ¹¹⁰.

No se va a hacer a continuación una exposición detallada de la muy conocida evolución del partido conservador británico --modelo de apertura política y modernización del conservadurismo--, ya suficientemente descrita en una más que abundante bibliografía. En su lugar, se dará cuenta de las transformaciones doctrinales que fue experimentando el conservadurismo en su caminar hacia el siglo XX. El conservadurismo experimentó a lo largo del proceso una sensacional mudanza sin renunciar a sus valores y principios: la esencia de la proyección pública del conservadurismo político consistió no en democratizar la sociedad, sino en formular políticas que permitiesen la preservación de sistemas jerárquicos y desiguales de riqueza y poder, haciendo todo eso admisible a sociedades cada vez más democráticas. El conservadurismo no dejó de estar preocupado fundamentalmente con las disciplinas sociales y las relaciones desiguales. No obstante, la manera de defender las estructuras de la desigualdad cambió con el tiempo de acuerdo con la naturaleza y fuerzas del cuestionamiento del orden establecido. La acción política conservadora quedó sometida a una definición dialéctica en función del alcance del cambio y de los instrumentos en manos de los gobiernos ¹¹¹.

El conservadurismo siempre se mantuvo fiel al rechazo al cambio total, pero fue dejando de defender el mantenimiento intangible de todas las instituciones existentes. Para oponerse a la idea de cambio radical era necesario que los conservadores

¹¹⁰ Ingle, *The British Party...*, págs. 30-35; THOMPSON, J.A. Y MEJIA, Arthur: *Edwardian conservatism: five studies in adaptation*, Londres, 1988, págs. 1-7; Layton-Henry, "Conservatism and...", págs. 10-11.

¹¹¹ Norton y Aughey, *Conservatives...*, págs. 40-52.

demostrasen que el mundo no era tan inteligible y maleable como los racionalistas creían; que el sufrimiento humano no era un fenómeno temporal originado por una injusta organización social cuya supresión sería la solución automática de los males. El conservadurismo sacó a relucir su apego a una filosofía de la imperfección, nacida del escepticismo. Una concepción que le llevó a identificarse con un estilo limitado de política, basado en la consideración de que el predominio o la ampliación de la esfera pública sobre la privada no traía consigo por sí misma la felicidad de las sociedades. Para los conservadores, la mejor forma posible de intervención en la vida pública fue por medio de políticas modestas de compromiso ¹¹².

Hay que tener en cuenta que una buena parte de los pensadores conservadores (Coleridge, Carlyle, algunos miembros de la escuela romántica alemana) fundaron su noción de la imperfección en el descubrimiento de leyes del desarrollo y cambio de la historia; luego, frente a la visión estática del tradicionalismo, sostuvieron una visión dinámica del mundo y de la sociedad, aceptando el cambio como algo que, con ciertos límites, podía hacer contribuciones positivas a las sociedades ¹¹³.

La concepción del gobierno limitado y la desconfianza hacia el exceso de intervencionismo surgió sobre todo de la consideración de que la realidad mostraba la imposible satisfacción de los sueños más elevados del hombre porque no todos los proyectos de emancipación eran compatibles entre sí, existiendo una interminable tensión entre quienes buscan la felicidad humana; una

¹¹² O'Sullivan, *Conservatism*, págs. 12-13.

¹¹³ Propio de la actitud conservadora ha sido mostrar disgusto por las reformas sujetas a planes racionales, pero, al mismo tiempo, admitir los cambios no planificados (la evolución social), que han de tener lugar en cualquier caso. El conservadurismo es contrario a la teoría ilustrada del progreso, pero no de la regresión. Véase: Goodwin, *El uso de...*, págs. 183-184.

tensión que hace de la moderación y el compromiso la mejor forma de procurar el bien general. El conservadurismo no dejó de respetar la tradición y de repudiar el cambio radical, pero se mostró partidario de la idea de reforma moderada. Una actitud, la reformista, que nunca quedó claramente definida y que, en función de la coyuntura, le llevó a balancearse entre la resistencia y el compromiso. En conclusión, no se puede sostener la valoración del conservadurismo como una ideología o tendencia política tradicionalista o reaccionaria. Ni tampoco se le puede identificar con el radicalismo o el extremismo de derechas, del que se mostró tan enemigo como de cualquier extremismo ¹¹⁴.

Desde mediados del siglo y durante el resto de la centuria, el conservadurismo se dedicó a recordar a los liberales las limitaciones a su visión racionalista de progreso, impuestas por la realidad de la imperfección humana. Dio una mayor importancia a la preservación de las instituciones sin oponerse al cambio y a la modernización, frente a los que se mostró más exigente que el liberalismo al demandar su inserción en fundamentos sólidamente establecidos. El conservadurismo se ocupó de establecer una estructura institucional dentro de la que el cambio, la adaptación y la reforma resultasen aceptables. La cuestión de hasta qué punto los conservadores han perseguido objetivos reformistas ha sido siempre polémica. Es muy difícil situar y catalogar el reformismo conservador dentro del espectro político, teniendo en cuenta que ambos términos --conservador y reformista-- parecen antagónicos. Ciertamente, la actitud conservadora era teóricamente opuesta a los cambios. No obstante, los partidos conservadores rara vez mantuvieron posiciones inmovilistas duraderas. El espíritu del conservadurismo liberal se basó en la consideración de que para los propios valores tradicionales y para la causa del orden social, lo más perjudi-

¹¹⁴ Nisbet, *Conservatism...*, págs. 23-26.

cial era ponerse en contra del sentido del progreso, consistiendo la tarea de los conservadores en la ralentización y el control de la marcha del mismo. El reformismo conservador es un reformismo anticonvencional, limitado y dependiente de las circunstancias. Es un recurso ocasional frente a situaciones específicas amenazantes para la estabilidad social o para su liderazgo político: para permanecer en el poder o mantener los sistemas existentes, los conservadores asumieron políticas con las que no estaban en principio de acuerdo, distanciándose, por resultar perjudicial, de un mantenimiento férreo de los compromisos ideológicos ¹¹⁵.

En tanto que estilo político caracterizado por la limitación, una oportunista indefinición programática y una actitud tendente al balance, el conservadurismo fue convirtiéndose, con el paso del tiempo, en una corriente muy difícil de distinguir, doctrinalmente, del liberalismo. Muchos casos nacionales muestran que el antagonismo entre liberales y conservadores se fue difuminando progresivamente, hasta confundirse ambos ¹¹⁶. El conservadurismo, sin dejar de mirar hacia el pasado y de defender las instituciones tradicionales, se posicionó contra los excesos de la doctrina del progreso defendiendo la libertad individual: se proyectó contra la libertad teórica practicando y defendiendo una libertad pragmática de actuación, protegiendo al individuo del Estado. Los conservadores se integraron en los sistemas liberales y se dedicaron a mantener a la política lejos de interponerse impertinentemente en los asuntos económicos y sociales, práctica que no sólo sirvió para conservar algunas

¹¹⁵ O'Gorman, *British conservatism...*, págs. 7, 37; Layton-Henry, "Conservatism and...", págs. 5-6, 11; BERGLUND, Sten y LINDSTRÖM, Ulf: "The Conservative Dilemma: Ideology and Vote Maximization in Sweden", en LAYTON-HENRY, Zyg (ed.), *Conservative Politics in Western Europe*, Londres, 1982, págs. 69-82.

¹¹⁶ Von der Dunk, "Conservatism in the Netherlands", págs. 751 y ss.

instituciones tradicionales --la familia, las asociaciones tradicionales--, sino sino también para defender la libertad y la propiedad privadas.

Por otra parte, las concepciones relativas a la imperfección de la condición humana y el rechazo de las inclinaciones igualitaristas de las teorías abstractas lo llevó en último término a justificar el nuevo orden social desigual implantado por la burguesía --la sociedad jerárquica estratificada en clases-- y a defender las posiciones alcanzadas por estos grupos, con quienes acabó fundiéndose también gracias a su defensa del gobierno de las élites --se acepta la extensión del sufragio y la democracia como medio de convalidar y legitimar el dominio de una élite, abominando de ella como forma de gobierno popular--, a su obsesión por el orden social y a su noción casi fundamentalista de la propiedad. Teniendo en cuenta que la revolución social de la burguesía terminó por consistir más en una simbiosis con la aristocracia que en una sustitución de la misma, la concepción aristocrático-burguesa en que devino el conservadurismo --una mezcla de apoyo al sistema de la deferencia y de la jerarquía social, con la defensa de la libre actuación de los componentes de la minoría acomodada-- se convirtió en una opción muy atractiva para la nueva coalición social dominante. Finalmente, la trasmutación conservadora culminó en una forma de liberalismo, compartiendo con éste los aspectos fundamentales: el derecho a la propiedad privada, el gobierno constitucional basado en el consentimiento y los derechos individuales, así como una visión limitada del potencial del Estado y un rechazo del extremismo político ¹¹⁷.

El conservadurismo, como temperamento mental, siempre se

¹¹⁷ Bennet, "The conservative tradition...", pág. 18; Nisbet, *Conservatism...*, págs. 37-39, 46-67; Funderburk y Thobaben, *Political Ideologies...*, pág. 122; Goodwin, *El uso de...*, págs. 181, 188-193.

mostró diferente al liberalismo, mostrándose escéptico hacia la idea abstracta de cambio (no asociando cambio con progreso), inclinándose más hacia la estabilidad y exhibiendo una concepción muy diferente de la sociedad y del individuo (el conservadurismo siempre consideró a la sociedad como el bien superior)¹¹⁸. Los conservadores se mostraron más satisfechos con el statu quo y más escépticos hacia la posibilidad de intervenir en la sociedad para mejorar la situación. No deseaban un futuro menos agradable que los liberales (libre de conflictos y sufrimientos), pero confiaron menos en la posibilidad de ver realizado el ideal. Esta falta de confianza en la capacidad para mejorar siguiendo iniciativas audaces hizo que apoyasen alteraciones pausadas y ligeras, pero no supuso que fuesen totalmente complacientes con el estado tradicional de las cosas¹¹⁹.

Si se admite que el principal criterio de diferenciación entre las grandes corrientes políticas es la postura hacia el hecho del cambio, entonces se entiende la aparente paradoja de que los conservadores, que no se opusieron a los cambios por verlos inevitables, se acabaran ubicando entre quienes aceptaban el cambio progresivo, aun cuando lo hicieran con la mayor de las reservas, siendo partidarios de modificaciones parciales, limitadas y paulatinas. En suma, compartieron con los liberales una misma actitud política (la actitud moderada) y unos mismos atributos ideológicos (los del centro político), mostrándose contrarios tanto al cambio radical como a la respuesta reaccionaria. Las discrepancias (y los elementos de diferenciación) entre conservadores y liberales no radicaron en la dirección de las transformaciones, sino en la profundidad (cambios más

¹¹⁸ Funderburk y Thobaben, *Political Ideologies...*, págs. 122-129; Ecclesahll, "Conservatism", págs. 90-96.

¹¹⁹ *Ibidem*, págs. 33-36.

superficiales frente a cambios más profundos), la velocidad (cambios lentos frente a cambios más acelerados) y el método a seguir (reconocimiento de la evolución de la realidad social frente al cambio planificado o la aplicación de teorías abstractas en favor del cambio social). Propio de la actitud política moderada ha sido reconocer que hay espacio para la mejora de la sociedad (se puede actuar en ciertas áreas específicas que necesitan modificación) y que los cambios deben hacerse gradualmente. Es decir, siguiendo pautas reformistas ¹²⁰.

Es el reformismo liberal moderado lo que ha caracterizado al conservadurismo de la segunda mitad del siglo XIX, capaz de asumir posturas doctrinales (la progresiva ampliación del sufragio, el recorte de la prerrogativa regia, la parlamentarización de la vida política, el librecambismo, el fomento de la industrialización, la secularización del Estado) que conservadores muy significados habían condenado durante las décadas anteriores. La convergencia con el liberalismo fue tal que en los países de sistema bipartidista apenas se notaron los cambios de gobierno, con unos partidos conservadores que, inclinados al equilibrio, la prudencia y la moderación, tendieron a evitar aparecer como ejecutores de una oposición ciega a ninguna otra ideología, sin por ello renunciar a la defensa de la tradición. En definitiva, su esfuerzo por diferenciarse claramente de las posturas reaccionarias les llevó a abrazar la causa del liberalismo. Los conservadores aceptaron y realizaron reformas políticas, económicas y sociales y dejaron de buscar como único referente a una parte minoritaria de la sociedad, apareciendo, en cambio, como fuerzas de integración, defensoras del interés general, expandiendo su predicamento desde la aristocracia a las burguesías y desde éstas a las clases medias. Fue con este tipo

¹²⁰ Baradat, *Political Ideologies...*, págs. 23-27; Ecclesahll, "Conservatism", pág. 80.

de políticas que las fuerzas conservadoras contribuyeron a la estabilización de la vida política de las naciones y a la evolución de las sociedades, mostrándose en último término como defensores de la noción clásica de libertad sin renunciar a una vaga identidad tradicionalista ¹²¹.

II.4 La transformación del conservadurismo político (II): del reformismo liberal al reformismo social.

La segunda fase de la transformación del conservadurismo consistió en una impregnación de los principios intervencionistas, en un proceso culminado tras la II Guerra Mundial. Este proceso constituyó una nueva manifestación de flexibilidad ideológica, de gradualismo y de definición de las propuestas en función de las circunstancias. El conservadurismo puso una vez más de manifiesto, desde el último tercio del siglo XIX, su capacidad de respuesta al avance de la modernización y su virtualidad adaptativa a los cambios, muy superior a la de otras corrientes ideológicas y políticas. Una virtualidad que consolidó su índole reformista.

Del conservadurismo clásico se evolucionó al conservadurismo social, adaptación de la visión clásica al contexto moderno ¹²². Aproximadamente desde 1880 en adelante, la política de los países europeos estuvo presidida por la extensión sin precedentes de las funciones y los poderes del Estado: la formación del Estado moderno es uno de los fenómenos más importantes de la última centuria. De forma creciente, más y más amplias áreas de la vida social se fueron politizando y, por unos medios u otros,

¹²¹ Gilmour, *Inside Righth...*, págs. 110-125.

¹²² Funderburk y Thobaben, *Political ideologies...*, págs. 131-134.

actividades que hasta el momento eran estrictamente económicas o privadas, adquirieron una dimensión pública. La esfera de la ciudadanía se fue extendiendo, no sólo en términos de proporciones de población admitida al sufragio, sino también de desarrollo de nuevas capacidades de intervención en la vida pública más allá del voto, es decir, de la democracia electoral. Se asistió a una extensión de la competencia de la política y del Estado.

En particular, un nuevo problema exigió de forma creciente y primordial la atención por su capacidad para desequilibrar sistemas y regímenes: el avance del obrerismo y el planteamiento, con una fuerza creciente, de la cuestión social, cuyo afrontamiento supuso que los gobiernos vieran sustancialmente incrementado el control de la sociedad civil. El intervencionismo fue avanzando al compás de las nuevas realidades sociales y de las nuevas necesidades y problemas, poniendo en entredicho muchos de los supuestos de la concepción clásica y planteando la necesidad de una reconversión aquéllos ¹²³.

Las nuevas circunstancias --que tuvieron en la I Guerra Mundial su momento crítico de inflexión-- sometieron a fuerte tensión al conservadurismo, que atravesó una nueva crisis de identidad y acometió un proceso de renovación doctrinal. En poco tiempo, el sueño agradable del progreso se convirtió en una pesadilla, poniendo de manifiesto la escasa funcionalidad de los principios del liberalismo clásico para hacer frente a los nuevos e incontrolables fenómenos económicos, sociales y políticos. Esta situación provocó una variedad de respuestas en los conservadores, algunas de ellas partidarias del inmovilismo, otras de la adopción de soluciones extremas. En medio de esta crisis de autoconciencia, algunos propugnaron una resistencia individualista y antisocialista, defendiendo la privacidad

¹²³ BARKER, Rodney: *Political ideas in Modern Britain*, Londres, 1978, págs. 1-4.

frente a la intromisión estatal. Esta tendencia insistió en los beneficios sociales de la desigualdad y de la existencia de élites dirigentes y jerarquías, propendiendo a una defensa de todas las clases de riqueza y de las relaciones sociales oligárquicas frente a las presiones proletarias y mesocráticas. Se trató de una crítica liberal-individualista del colectivismo, partidaria del mercado como medio para la existencia de las mejores condiciones posibles de creación de riqueza. Una tendencia que perdió fuerza en la tercera década del siglo XX al encontrarse con un ambiente desfavorable --en los años posteriores a la I Guerra Mundial los valores individualistas comenzaron a decaer con rapidez por la inclinación de las fuerzas sociales y económicas en favor de la socialización y de las restrictivas prácticas monopolistas-- y quedar englobada en la corriente central del conservadurismo, pero que debe ser tomada en consideración porque su existencia da cuenta de la tensión experimentada por el conservadurismo en su búsqueda de nuevas señas de identidad, búsqueda que conllevó en gran medida una ruptura con la corriente clásica ¹²⁴.

La actitud de rechazo al Estado moderno también se dio entre quienes, frente al avance del obrerismo y a la disgregación causada por la conflictividad social y política, afirmaron, en sentido neotradicionalista, los valores de corporaciones, grupos, comunidades y asociaciones. Se trató de una posición que no había dejado de existir durante el siglo XIX y que experimentó una revitalización desde finales del mismo, manifestándose como un sentimiento contrario al individualismo y favorable a la vida orgánica. Desde estos planteamientos --muy próximos a las viejas posturas maximalistas, obsesionadas con la salvación de la civilización-- se evolucionó fundamentalmente hacia la

¹²⁴ Barker, *Political ideas...*, págs. 65-68; O'Sullivan, *Conservatism*, págs. 120-121; O'Gorman, *British conservatism...*, págs. 36-37.

derecha extrema, rebasando la órbita estrictamente conservadora. El ideal corporativista, asociado a la recuperación de algunas instituciones tradicionales, apuntó hacia el fascismo y el autoritarismo ¹²⁵.

Por otra parte, desde 1870 en adelante, y como reacción frente al desafío de un socialismo fuertemente ideologizado, en varios países europeos surgió y fue desenvolviéndose una corriente neoconservadora caracterizada por la integración de elementos ideológicos ultranacionalistas, socialimperialistas y militaristas; una corriente que arrastró sectores considerables de las clases medias, con inclinaciones antisemitas, organicistas y armonicistas. En ausencia de una ideología conservadora clara, se abrieron paso concepciones que eran más radicales que moderadas, más explícitas y dogmáticas que lo acorde con la tradición conservadora, así como más populistas. Aquéllas les parecieron a muchos conservadores buenas doctrinas para aquellos tiempos ¹²⁶.

Las nuevas preocupaciones y problemas sometieron a los conservadores a un dilema complejo, teniendo en cuenta que la actitud flexible que caracterizó al conservadurismo clásico pugnaba con el miedo a que la situación, caracterizada por fortísimas presiones en favor de la democracia o de la revolución, se les fuese de las manos. Resultaba difícil establecer la mediación entre la esfera limitada y estrictamente material de la economía liberal y una concepción intervencionista de la esfera del Estado ¹²⁷.

En medio de tensiones contrapuestas y del avance imparabile del colectivismo, el conservadurismo se reformuló de forma

¹²⁵ *Ibidem*, págs. 69-71 y ss; O'Sullivan, *Conservatism*, págs. 119-120, 126-127; Thompson y Mejia, *Edwardian conservatism...*, pág. 4.

¹²⁶ Weber, "Ambiguous Victories", págs. 822-823.

¹²⁷ Soubbotnik, "El Reino Unido...", pág. 128.

coherente con su manera de hacer política. Si durante el medio siglo anterior hubo de marcar distancias con respecto al tradicionalismo retrógrado, afirmando así una personalidad distintiva, en este nuevo punto de inflexión se aprestó a presentarse simultáneamente como alternativa no sólo al desafío socialista, sino también al extremismo de derechas. Esto explica por qué en estos años, los primeros blancos de agresión de la derecha radical fueron a menudo los conservadores, atacados sobre todo por su actitud "pusilánime", que buscaba más conservar que destruir ¹²⁸.

Como se ha señalado, algunos conservadores convirtieron la contestación al colectivismo en una apelación neotradicionalista a los viejos valores religiosos y culturales. Y muchos otros se deslizaron al lado radical por su atractivo en circunstancias en las que la sensación de peligro era tal que dar pasos extremos parecía la única salida. Pero al actuar así acabaron alimentando opciones ajenas al conservadurismo político. Éste, como ya había sucedido varias décadas atrás, vio las calamidades de la época de una forma menos restrictiva y, en vez de intentar salvar la civilización, se concentró en la labor más limitada de establecer nuevas salvaguardias para la legalidad, la libertad y la moderación. Durante un tiempo, la defensa de los principios liberales clásicos pudo constituir una alternativa realista, pero las nuevas condiciones mostraron la inviabilidad de un individualismo competitivo ignorado cada vez más por todos los agentes sociales y económicos, partidarios de diversas formas de intervención y de la organización colectiva de la actividad productiva y de las relaciones sociales. El problema para los conservadores era que el sistema económico capitalista no era ya más un aliado natural de sus valores y que las ventajas de incorporar más aspectos del liberalismo clásico se

¹²⁸ Weber, "Ambiguous Victories", pág. 823.

realizaría a expensas de encontrarse en una situación de disfunción con respecto al curso de los acontecimientos. Por otra parte, muchos gobernantes conservadores, movidos por las circunstancias, fueron haciendo concesiones parciales al intervencionismo estatal. Esto muestra la confusión, la crisis de identidad y la inconsistencia doctrinal de buena parte del conservadurismo moderno, desde entonces oscilante entre dos nuevos polos, uno ultraliberal y otro intervencionista/colectivista ¹²⁹.

Para combatir la nueva revolución en marcha, la fórmula seguida en la época anterior (el encuentro entre el conservadurismo y el liberalismo) se mostró inservible, pero no el estilo de hacer política que distinguió al conservadurismo, caracterizado por considerar perjudicial para el mantenimiento del *statu quo* una ciega reacción contraria al sentido del progreso, cuya marcha había que ralentizar y controlar. La nulidad ideológica del conservadurismo hizo una nueva contribución: el sincretismo centrista se tradujo esta vez en la adopción de cierto grado de colectivismo. Una actitud que diferenció al conservadurismo de un radicalismo de derechas que analizaba la realidad en términos de principios ideológicos abstractos, deplorando las actitudes acomodaticias ¹³⁰.

También al igual que en etapas anteriores, el conservadurismo procedió a la defensa del *statu quo* (las libertades clásicas) frente a la centralización estatal (el nuevo desafío del lado del progreso), pero lo hizo dentro del nuevo contexto y de una manera no ideologizada ni radical, consciente de que los viejos valores liberales ya no eran relevantes en la nueva sociedad --que dejó de confiar en el individualismo y la libre empresa-- y de que carecían de utilidad instrumental para

¹²⁹ O'Sullivan, págs. 118-127; Weiss, *Conservatism in Europe...*, pág. 72 y ss.

¹³⁰ Weber, "Ambiguous Victories", págs. 824-825.

afrentar los nuevos desafíos. El conservadurismo sacó a relucir su actitud realista y su disposición política centrista, en este caso recogida en la doctrina bautizada por Harold McMillan como el "Middle Way" o vía intermedia (teoría del balance). Si en el siglo XIX atacaron la doctrina individualista defendiendo la libertad individual, en el siglo XX se plantaron frente al empuje del socialismo revolucionario admitiendo la intervención del Estado y defendiendo sus prerrogativas como promotor de los intereses de la nación. Es decir, adoptando, como siempre habían hecho, elementos de la teoría abstracta de progreso que pretendían refrenar.

Se trató de un nuevo esfuerzo de conciliación entre los valores tradicionales --religión, ejército, propiedad, sistema político, imperio de la ley-- y los imperativos de la modernidad. Los conservadores vieron al Estado de forma cada vez más positiva, mostrándose favorables hacia las concentraciones de poder social y económico (hacia la organización y estructuración de los intereses sociales y sectoriales) y utilizando el poder del Estado para promover la aminoración de los desequilibrios sociales, una producción más eficiente y el pleno empleo. Los conservadores procedieron a una revisión social e intervencionista de los principios liberales, incorporando al Estado organismos y cuerpos semiautónomos concebidos como poderes reguladores e instancias intermedias entre los individuos organizados y el poder público. Progresivamente, el viejo econo-

micismo manchesteriano fue siendo enterrado ¹³¹.

En este sentido, hay que destacar la tolerancia y el reconocimiento institucional del sindicalismo ¹³² y, especialmente, la fusión entre el pensamiento conservador y el socialismo de gremios, fórmula ideada para la pacificación al conferir a los trabajadores una más activa colaboración en la gestión de la industria. Esta tendencia propendía a la democracia industrial, caracterizada por una competencia saludable (regulada) que acabaría con la inestabilidad a la que llevaba la desregulación. De esta manera, el conservadurismo se distinguió tanto del fascismo como del socialismo. El proceso de transición fue

¹³¹ Nuevamente, resulta modélica la evolución del conservadurismo británico, que entre 1885 y 1925 vio como, sin dejar de estar fundamentalmente comprometido con el individualismo y la salvaguarda de un papel para la competencia, fue asumiendo progresivamente un firme compromiso con la intervención estatal --los dos Chamberlain fueron los principales promotores de esta orientación-- y con la aceptación de un creciente poder del Estado sobre la nación, así como inclinándose a favor del proteccionismo de la economía del imperio frente a los defensores del libre comercio. Hubo tensiones entre conservadores clásicos y conservadores modernos, siguiendo un proceso en el que se fue planteando sucesivamente cómo reconciliar la doctrina conservadora con un estado social. La I Guerra Mundial hizo mucho en favor del retroceso de la percepción negativa del colectivismo y el conservadurismo, a partir de entonces, se articuló como alternativa razonable a las ideologías de la izquierda y de la derecha recurriendo a su natural pragmatismo, conformándose como un esfuerzo de síntesis entre los principios liberales y las fórmulas colectivistas. Véase: O'Gorman, *British conservatism...*, págs. 38-42 y ss. También la obra ya citada de Thompson y Mejía, *Edwardian conservatism...*, cuyo subtítulo ("cinco estudios sobre la adaptación") expresa claramente el contenido del libro..

¹³² Uno de los aspectos que marcó las diferencias entre el conservadurismo y la derecha radical en la Europa de entreguerras fue la diferente actitud hacia el movimiento obrero. Mientras el primero, profundizando en la tradición del parlamentarismo liberal, se mostró inclinado a la aceptación e integración --no sin ciertos reparos o restricciones ocasionales-- del obrerismo organizado (socialismo, anarquismo), el segundo se mostró dispuesto a aniquilarlo o a desnaturalizarlo (rompiendo con el pluralismo parlamentario), intentando domesticarlo para su acomodación a nuevas estructuras jerárquicas. Como ha señalado Geoff Eley, "para decirlo de modo terminante: <<aniquilar>> a los socialistas más que sólo discutir con ellos, o que restringir legal y prácticamente sus derechos, fue el nuevo punto de partida (de la derecha radical)". En: ELEY, Geoff: "Conservatives and radical nationalists in Germany: the production of fascist potentials, 1912-28", en BLINKHORN, Martin (ed.), *Fascists and Conservatives. The radical right and the establishment in twentieth-century Europe*, Londres, 1990, pág. 51.

difícil: se plantearon fuertes tensiones entre las nuevas libertades de la democracia industrial y las viejas de la ideología liberal. En las clases conservadoras, muchos se mostraron escépticos hacia de las ventajas de la nueva libertad; y entre los políticos conservadores, surgieron facciones tradicionalistas y opciones que mostraron su mayor debilidad en el hecho de descansar en la responsabilidad de los agentes sociales, quedando el Estado a su merced ¹³³.

La asunción de posiciones intervencionistas fue acompañada de un mayor compromiso de los conservadores con la reforma social (con la democracia industrial) y la protección de los más débiles, intensificándose progresivamente esta tendencia hasta el punto de ir conformándose un incipiente Estado del bienestar. Si bien los conservadores no alteraron en gran medida la relación con sus referentes sociales tradicionales, ni muchos otros de sus contenidos ideológicos (la naturaleza del sistema político y las nociones sociales jerárquicas), modificaron de forma sustancial algunos de sus elementos doctrinales. Así, aunque siguieron defendiendo la propiedad, dejaron de verla como un objetivo en sí mismo, pasando a asumir una noción de aquella como instrumento para la armonía social. En este sentido, si bien el colectivismo se mantuvo durante muchos años en un nivel bajo y tardó en abrirse paso franco entre los conservadores --hubo diversos reflujos liberales de carácter antiburocrático y desregulador, sobre todo en los años veinte--, el grueso del conservadurismo asumió la adopción de reformas de carácter progresivo y de posturas de compromiso con las necesidades sociales, dirigiendo una parte creciente de los presupuestos nacionales a atender a los menos privilegiados (alojamiento,

¹³³ O'Sullivan, *Conservatism*, págs. 126-129; Bennet, "The conservative tradition...", pág. 18.

pensiones, accidentes de trabajo) ¹³⁴.

Esta distinta capacidad de acomodación del conservadurismo, en relación con el liberalismo, hacia lo que constituían dos caras de una misma moneda (el intervencionismo de Estado y el reformismo social) obedeció a la mejor predisposición hacia ambos aspectos de la tradición conservadora. Resulta éste un aspecto trascendental para entender la aparente paradoja de que los conservadores (aproximándose en ello a los socialistas), mostrasen un mayor grado de implicación que los liberales con los problemas sociales. La principal corriente conservadora, aunque se mostró esencialmente opuesta a filosofía última del colectivismo y a los intentos por ensanchar la base del poder político, y aunque hizo siempre una justificación positiva de las desigualdades, exhibió una mayor conciencia social que los liberales. Hay que tener en cuenta que el conservadurismo, en su condición original de respuesta al cambio brusco causado por la revolución liberal, fue una de las primeras ideologías que aportaron una crítica del capitalismo (denunciaron su materialista amoralidad), llamando la atención sobre las consecuencias sociales del impacto desmembrador del mundo tradicional: la desaparición de un conjunto de instituciones intermedias y de relaciones deferenciales que, dentro de un marco jerarquizado, proporcionaban cierta protección a los estamentos inferiores. El conservadurismo se diferenció desde el principio del liberalismo por ser más <<humano>>, por propender a sostener un sentido de comunidad que proporcionaba cierto amparo a las situaciones de pobreza y defendía la realización de acciones compensatorias. No es de extrañar, por tanto, la convergencia, ante la cuestión social, con el socialismo, haciendo gala, en este sentido, de una proximidad a ciertos problemas contempo-

¹³⁴ Funderburk y Thobaben, *Political Ideologies...*, pág. 134; O'Gorman, *British conservatism...*, págs. 42-47 y ss.

ráneos de la que a veces careció el liberalismo ¹³⁵.

En cualquier caso, también en este particular el conservadurismo experimentó una sustancial evolución doctrinal, hasta el punto de llegar a postular soluciones contrarias a sus posiciones de antaño. Los planteamientos iniciales sobre la cuestión social fueron paternalistas y opuestos a la aceptación de una responsabilidad gubernamental en materia de bienestar, entendiendo que los individuos debían preocuparse de procurar satisfacción a sus necesidades y aceptando que los ricos y poderosos ejerciesen de forma espontánea su bondad o su filantropía con los necesitados; un planteamiento que obedecía sobre todo a la concepción conservadora de la sociedad como ente natural y orgánico que no debía ser manipulado por la acción racionalista del hombre. La noción conservadora de atención al problema social consistió durante mucho tiempo en una simbiosis de caridad cristiana y paternalismo espontáneo ¹³⁶.

El pensamiento social conservador contemporáneo nació en último término de la fusión entre las concepciones tradicionales del orden, la sensibilidad conservadora hacia los cuestiones sociales, su permanente preocupación por la estabilidad y la armonía y la percepción del desorden moderno, argumentando nuevamente contra algunas de las consecuencias de la evolución del capitalismo. La respuesta conservadora se vio acompañada de la adopción de posiciones doctrinales novedosas, camino recorrido en gran medida por estricta necesidad. Los conservado-

¹³⁵ Bennet, "The conservative tradition...", pág. 22. Según Ian Gilmour, el liberalismo, en último extremo, no creó una sociedad liberal, por cuanto dio origen a desmembraciones sociales que acabaron justificando soluciones autoritarias, teniendo en cuenta que las masas --en general, las clases menos favorecidas--, no veían ningún bien o beneficio en la libertad por sí misma. Véase: Gilmour, *Inside Righth...*, págs. 117-119.

¹³⁶ Goodwin, *El uso de...*, pág. 197; Pearson y Williams, *Political thought...*, pág. 80; Nisbet, *Conservatism...*, págs. 48, 59; Von Beyme, "El conservadurismo", pág. 24.

res se hicieron sociólogos, oponiendo a las consideraciones metafísicas la realidad empírica, y a la economía o la técnica sin alma, principios morales. Ya no consideraron globalmente funestos los efectos del industrialismo (la sociedad moderna), pero, teniendo en cuenta el impacto social causado por la industrialización (la miseria obrera) o la potencialidad desestabilizadora de las demandas no controladas de propietarios e inversores, rehabilitaron buena parte de la valoración crítica del capitalismo como una fuerza extraña al bien público ¹³⁷.

En Inglaterra, el realismo pragmático de Disraeli --el Partido Conservador llegó a sus manos cuando atravesaba una de sus fases más depresivas--, sensible a los riesgos de desintegración social que podrían traer a Gran Bretaña las consecuencias de la Revolución Industrial, llevó a contemplar la necesidad de la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, imprescindible para la paz social y para la recuperación del conservadurismo político. Este análisis de la situación llevó a una vasta política de medidas de reforma social --salud, vivienda, condiciones de trabajo-- que pretendieron restablecer el equilibrio en una sociedad dominada por el capitalismo moderno. Los sucesores de Disraeli al frente del Partido Conservador británico --Salisbury, Derby-- asumieron lo fundamental de este cambio, avanzando en las filas conservadoras la modulación de los principios clásicos del liberalismo y consolidándose una inclinación parcial hacia posiciones intervencionistas. El cambio táctico trajo a medio plazo una renovación doctrinal, por cuanto, aunque se trató de realizar los principios conservadores y de hacer compatible la reforma con una visión paternalista de la sociedad --se entendió aquella como una forma de avanzar hacia la democracia bajo control "tory" y no como una renuncia a los principios conservadores--;

¹³⁷ Beneton, *Le conservatisme*, págs. 91-98.

y aunque las acciones en este sentido fueron limitadas y los reformistas conservadores trataron de no aplicar de forma muy vigorosa sus propuestas para no enajenar a los sectores más reticentes del partido (contrarios al acrecentamiento de las responsabilidades del Estado), la adopción de nuevos métodos supuso la progresiva aceptación de la intervención estatal. Al respecto, y de acuerdo con Rodney Barker, debe indicarse que la actitud hacia el Estado moderno constituye uno de los principales criterios para la catalogación de las ideologías y las fuerzas políticas contemporáneas ¹³⁸.

En el continente europeo, el catolicismo social aportó al conservadurismo liberal la incorporación a su doctrina de la sociología, cuyo efecto principal fue una inclinación preferente de los conservadores por la reforma social --una reforma de las costumbres e instituciones sociales-- frente a la reforma política, teniendo en cuenta la mayor capacidad de la primera para aminorar o eliminar los males --división social, inestabilidad, pobreza-- que más podían contribuir a originar desórdenes incontrollables. El catolicismo social propuso un refuerzo de los pilares de la sociedad --la religión, la familia, la propiedad-- y, al mismo tiempo, para evitar la conflictividad, el fomento de relaciones sociales más estables y de mutuo interés entre empleadores y empleados, planteamiento que reclamaba a las clases acomodadas la asunción de ciertas obligaciones morales.

Con estos planteamientos como común punto de partida, se desarrollaron diversas doctrinas sociales; entre ellas, aquéllas que insistieron en criticar básicamente las consecuencias de la modernidad --como el corporativismo neotradicionalista de La Tour du Pin-- y, de acuerdo con una actitud nostálgica por el orden tradicional, propusieron una reorganización corporativa

¹³⁸ Beneton, págs. 69-73; Pearson y Williams, *Political thought...*, págs. 80-101; Barker, *Political ideas...*, pág. 5.

de la sociedad que tenía mucho de restauración del Antiguo Régimen. Estas corrientes, por su naturaleza antiliberal, alimentaron movimientos políticos de extrema derecha partidarios de formas autoritarias de gobierno. Cuando la conciencia social emanada del catolicismo se articuló desde presupuestos políticos fieles, o no opuestos, a los principios liberal-parlamentarios, el conservadurismo procedió a sustituir la acción compensatoria espontánea por una acción compensatoria pública y regulada. Y tendió al reconocimiento de las nuevas realidades sociales como medida para la supervivencia del Estado liberal, impulsando la apertura social y, por tanto, su conversión en un Estado social. El socialcristianismo compatible con el mundo liberal y democrático fortaleció la vis reformista del conservadurismo, impulsando su transición y estableciendo una marcada línea de diferenciación con los sectores tradicionalistas, que, influidos también por el catolicismo, a menudo colaboraron con el ascenso del fascismo y otras formas de autoritarismo ¹³⁹.

En conjunto, el conservadurismo se ha caracterizado por un sustancial desplazamiento de sus doctrinas políticas, sociales y económicas; un desplazamiento que no ha discurrido sin importantes parones, retrocesos y discusiones. Los conservadores han ido aceptando progresivamente la mayor parte de los principios doctrinales que originariamente y durante mucho tiempo condenaron, al ser defendidos por sus antagonistas: primero los liberales, luego los radicales y finalmente los socialistas (el constitucionalismo, la garantía de los derechos

¹³⁹ Beneton, *Le conservatisme*, págs. 98-114; Layton-Henry, "Conservatism and...", pág. 6; MUGHAN, Anthony: "The failure of conservative politics in Belgium", en LAYTON-HENRY, Zyg (ed.), *Conservative Politics in Western Europe*, Londres, 1982, págs. 160-181. En este último trabajo se indica cómo el socialcristianismo, cuando cundió en partidos conservadores defensores de sistemas constitucionales liberales, llevó a estos partidos (o a sectores importantes de los mismos) a abandonar los planteamientos tradicionales en materia social y económica y asumir posturas más progresistas que culminaron en el acercamiento y la compatibilidad con el socialismo.

fundamentales, la separación de poderes, el parlamentarismo, la intervención del Estado, la reforma social...). Destaca, en este aspecto, cómo los partidos conservadores, a medida que han ido asumiendo la política social moderna, han acabado defendiendo programáticamente propuestas en otro tiempo exclusivas del socialismo. En el primer tercio del siglo XX, los gobernantes y partidos conservadores mostraban poco más que una relación remota con las doctrinas fundacionales del conservadurismo. Los sucesivos esfuerzos por equilibrar estabilidad y cambio, movidos por una actitud pragmática y oportunista, se saldaron finalmente con una metamorfosis doctrinal que llevó al conservadurismo a actuar como una ideología de racionalización de los intereses de los grupos sociales mejor situados ¹⁴⁰.

El conservadurismo no debe ser identificado con el inmovilismo político, ni confundido con el tradicionalismo o con las fuerzas reaccionarias de la derecha ¹⁴¹, habiéndose conformado como una opción que, si bien en ciertos aspectos y momentos compartió algunos elementos con las derechas, fue diferente a ellas, hasta el punto de entrar muchas veces en conflicto. El conservadurismo se caracterizó, a diferencia de las opciones ultras o inmovilistas, por su flexibilidad. Su supervivencia se ha fundado en la capacidad para adoptar posturas moderadas, aceptando la evolución de las sociedades y, en definitiva, apareciendo como una fuerza más de la modernidad. En su evolución, el conservadurismo ha ido adquiriendo un carácter re-

¹⁴⁰ Ingle, *The British Party...*, págs. 43-44; Von Beyme, "El conservadurismo", pág. 24-25.

¹⁴¹ Al respecto, es indicativa la obra de Malcolm Anderson sobre el conservadurismo francés (*Política conservadora...*). Anderson titula su trabajo "política conservadora" y, al presentar el contenido del libro en el prefacio (pág. 13), manifiesta que en él "se describe la evolución de la derecha en Francia desde sus momentos iniciales...", ubicando en una misma familia, por ejemplo, al orleanismo y al legitimismo. Fueron estas unas fuerzas que, si bien compartieron una filiación monárquica y antirrepublicana, persiguieron objetivos políticos muy distintos.

formista y defensor de la democracia liberal primero y del Estado del bienestar después. Frente a las posiciones de las derechas radicales y reaccionarias, ha postulado una aceptación del cambio gradual y evolutivo: la preservación la substancia de las instituciones y el orden social ha sido concebida como un expediente de permanente adaptación a las circunstancias cambiantes. Por todo ello, los conservadores deben ser tomados por reformistas y distinguidos de los tradicionalistas, de los reaccionarios y de la derecha radical ¹⁴².

Como ha señalado Martin Blinkhorn remitiéndose al período 1918-1945, hay que tomar nota de las diferencias, dentro del ámbito de la derecha, entre radicales y conservadores. Y, a su vez, dentro de estos últimos, entre "autoritarios convencidos" y "constitucionalistas convencidos". En definitiva "sería injusto negar que un significativo número de políticos conservadores y de personas del <<establishment>> de todos los países europeos, mantuvieron un apego genuino, y no meramente contingente, a las libertades liberales, cualquiera que fuesen los castigos o las tentaciones alternativas", teniendo en cuenta el desplazamiento de las clases conservadoras en favor de soluciones autoritarias y radicales ante los temores de revolución. No todo el conservadurismo político se derechizó después de 1919, ni caminó al encuentro con el fascismo ¹⁴³.

¹⁴² Layton-Henry, "Conservatism and...", págs. 5-6. Esta misma postura es sostenida por Kenneth Medhurst. Véase: MEDHURST, Kenneth: "Spanish conservative politics", en LAYTON-HENRY, Zyg (ed.), *Conservative Politics in Western Europe*, Londres, 1982, pág. 292.

¹⁴³ Blinkhorn, "Introduction...", págs. 6-10.